



Helen Cohn Schucman, Ph.D.

Autobiografía

Foundation for Inner Peace

Índice

Índice.....	2
Prefacio	3
Introducción a la Autobiografía	4
PARTE I	5
Secretos y curiosidades infantiles	6
Un milagro en Lourdes	10
Universidad y Matrimonio	16
PARTE II	20
Una nueva carrera y Bill Thetford.....	21
El punto de inflexión y una serie de visiones.....	24
La serie de visiones	26
Primera Serie de Visiones	26
Segunda Serie de Visiones.....	27
Tercera Serie de Visiones.....	30
PARTE III	32
Claridad y preparación	36
<i>Un Curso de Milagros</i>	38
Qué es	43
Qué postula	45

Prefacio

En 1975, a petición de Kenneth Wapnick, Helen Schucman amplió y actualizó una biografía de su notable vida, que ella sentía ofrecería un relato biográfico satisfactorio e inédito de sí misma. En ella, y de manera elegante, Helen relató acontecimientos y períodos seleccionados, en particular cómo se convirtió en escriba de *Un Curso de Milagros* y las emociones en conflicto que experimentó durante el proceso. Sin embargo, por razones personales, siendo una persona muy reservada y consciente de sí misma, Helen decidió que no añadiría a este retrato más de lo que hizo.

Sin embargo, los acontecimientos y los períodos seleccionados de su vida sobre los que Helen eligió escribir, en su mayor parte reflejan fielmente sus pensamientos y sensaciones sobre algunos de los momentos y de los puntos decisivos que experimentó. Como resultado, proporcionan un amplio material biográfico para familiarizarse mejor con ella como individuo. De ahí la conveniencia, al contar la historia de Helen, de incluir su autobiografía como la escribió originalmente. Sin embargo, con fines editoriales, se han insertado subtítulos para mayor claridad, mientras que ciertos nombres y fechas han sido corregidos para identificar apropiadamente a personas, lugares, períodos y eventos que fueron por ella intencionalmente oscurecidos.

También, como se verá, la composición de Helen se lee bastante bien, un buen ejemplo de su notable habilidad para escribir, lo que a su vez ofrece una emotiva expresión subjetiva sobre los aspectos públicos, profesionales y privados de su vida, tal como ella decidió retratarlos. Todo esto conforma un retrato rico, relevante y objetivo, que se despliega sobre esta persona extraordinaria y su vida, para una mayor comprensión de la personalidad decididamente fuerte, y a veces conflictiva, que inicialmente parecía una opción muy inadecuada como escriba de *Un Curso de Milagros*.

Introducción a la Autobiografía

El propósito de esta introducción es describir algunos de los eventos más increíbles de mi vida. No puedo explicarlos porque no los entiendo. Cuando empezaron no sabía nada de misticismo, y mantenía un prejuicio desinformado pero intenso contra la palabra y todo lo que yo pensaba que representaba. Aún no me he recuperado del todo de este prejuicio. La idea de que algún día yo misma me convirtiera en una mística me habría llenado de horror. Hasta cierto punto, todavía lo hace. Es la segunda parte de esta introducción la que tiene una relación directa con algunos de estos acontecimientos más inesperados. Sin embargo, la primera parte parece conducirlos a través de una vía indirecta.

La primera parte, una especie de "introducción a la introducción", traza mi interés inicial en la religión, de un tipo bastante natural en una niña, yendo a través de una larga serie de decepciones a un sentido de resignación y derrota. El relato es en realidad un trabajo escrito hace años como requisito para un curso de postgrado en psicología. La tarea era describir un problema específico en nuestras vidas, y discutir cómo se había resuelto finalmente. Mi trabajo se ofrece a continuación tal como fue escrito en ese momento. Describe mi extensa y desalentadora búsqueda de Dios, y es obviamente escrita por alguien que está interpretando la búsqueda desde un punto de vista psicológico más que religioso. Ese era el marco conceptual al que había llegado en ese momento, y el nivel al que esperaba permanecer plenamente. La posición que sostuve sobre la religión se resumía en un breve prefacio que escribí en el trabajo:



**Helen 2 años
con su madre**

"Esta es la historia de mi búsqueda de Dios. Comenzó cuando yo era una niña pequeña, y terminó comparativamente recientemente en una forma un tanto incierta. Si crees que resolví el problema depende en gran medida de cómo lo mires. Se podría decir que nunca se resolvió, ya que en el tema de Dios no llegué al final a ninguna conclusión. Por otra parte, también podría decirse que el problema no era realmente religioso desde el principio, por lo que una solución en términos religiosos no era esencial. De cualquier manera, superé una larga preocupación con la religión, y eso en sí mismo es algún tipo de solución".

Eso, como resultó ser, no fue el verdadero final de la historia, como muestra la segunda parte de esta introducción. Tampoco habría habido manera de predecir los sucesos posteriores a partir de los anteriores. Los episodios finales siguen siendo increíbles incluso para mí. Sólo sé que simplemente pasaron. Intentaré describirlos tal como ocurrieron, pero ni siquiera intentaré explicarlos. Eso sería claramente imposible.

PARTE I

Cuando era niña, vivía en un extremo de un gran apartamento con la Srta. Richardson, que era mi institutriz. Todos los demás vivían en el otro extremo. La Srta. Richardson y yo dormíamos en la misma habitación, y también teníamos nuestro propio salón y baño. Cuando salíamos siempre volvíamos directamente a nuestra parte del apartamento. Rara vez vi el resto. Tenía un padre en el otro extremo de la casa, pero estaba muy ocupado y no venía a menudo a casa antes de que yo estuviera en la cama. También tuve un hermano adulto que tenía unos catorce años cuando nací. Él también estaba muy ocupado, y no parecía que le gustaran mucho las niñas pequeñas. Un cocinero y una criada vivían en algún lugar del apartamento, pero yo no era su problema. La casa funcionaba muy bien. La Srta. Richardson traía la comida y comíamos juntas. Después tomaba los platos y los ponía en alguna parte. Georgia, la sirvienta, limpiaba nuestras habitaciones por la mañana mientras estábamos en el parque.

Mi madre era una señora callada, que hablaba en voz baja y esperaba que a la gente le cayera bien. Había dejado de enseñar después de su matrimonio, y había establecido una forma de vida pulcra y ordenada en el refugio de su hogar. Ella creía firmemente que se había casado con un hombre maravilloso, y refería todas las decisiones a lo que ella estaba segura que era su mejor juicio. Tenía más de cuarenta años cuando llegué. Aunque no permitía que mi llegada perturbara su forma de vida, ella me quería y me amaba lo mejor que podía. Estaba muy contenta conmigo, habiendo querido la niña de ojos azules, que yo era. Pensaba que era una dama maravillosa, y trataba de parecerme lo más posible a ella. Sin embargo, no pensaba que lo lograba muy bien.

Mi madre era inglesa y la Srta. Richardson también, y yo creía que cuando hablaban eran muy parecidas. Me encantaba escuchar a la Srta. Richardson. Estábamos en términos amistosos aunque algo formales. A la Srta. Richardson le pagaban por cuidarme, y lo hizo. Nunca me habló mucho de ella misma, pero una vez me dijo que no le gustaba mucho vivir en las casas de otras personas, y tan pronto como hubiese ganado suficiente dinero regresaría a Inglaterra para comprar su propia casa. Yo esperaba que le gustara vivir conmigo, pero en realidad nunca lo consiguió. Nos llevábamos bien, sin embargo, y nunca tuvimos problema alguno.

La Srta. Richardson había terminado oficialmente conmigo cuando me acostaba por la noche. Después de eso, se iba a nuestra sala de estar, cerrando la puerta tras ella. La sala de estar tenía otra puerta que daba a un pasillo que iba al otro extremo del apartamento. Yo fingía que la Srta. Richardson se quedaba en el salón y no se iba, pero sabía que no era verdad. La sirvienta y la cocinera dormían, así que no estaba sola. La Srta. Richardson era libre de salir por la noche si quería. Nunca me levanté para ver si todavía estaba en la sala de estar, porque pensaba que sería algo terrible si abría la puerta y me daba cuenta de que se había ido. Muchas veces no me quedaba dormida hasta que ella volvía. No le decía nada a ella, porque sabía que era "después de horas".



Helen 2 años

Secretos y curiosidades infantiles

Antes de que la Srta. Richardson se metiera en la cama, se arrodillaba y se susurraba a sí misma durante un rato. Yo dudaba un poco en preguntarle sobre ello, pero al fin tuve el valor suficiente para hacerlo. La Srta. Richardson me explicó que era católica, y cada noche antes de irse a la cama rezaba el rosario. Le pregunté qué era un rosario y ella me mostró el suyo. Estaba hecho de bonitas cuentas azules y me gustó. Pensé que probablemente sería algo bueno, e incluso podría ser un poco mágico. Le pregunté a la Srta. Richardson si yo también podía tener uno, pero me dijo que era sólo para católicos. Sugerí que quizás mi madre me compraría uno, pero la Srta. Richardson pensó que sería mejor no mencionarlo. Dijo que era un secreto, así que prometí no decir nada al respecto.

La Srta. Richardson y yo teníamos otro secreto. Este era dónde íbamos los domingos por la mañana. En vez de ir al parque como generalmente hacíamos, íbamos al otro lado de la ciudad para que nadie nos viera. Luego íbamos a uno de los lugares más hermosos que he visto en toda mi vida. La Srta. Richardson me dijo que era una iglesia católica. No me permitía entrar porque yo no era católica. Tuve que prometer que no me alejaría y me quedaría en el pórtico hasta que la Srta. Richardson volviera a salir. Pero podía ver las flores, las velas y las estatuas a través del pequeño espacio entre las dos grandes puertas que se abrían hacia adentro. A veces oía música, y la voz de un hombre diciendo cosas que no entendía. Había un olor encantador, también, que me llegaba incluso al pórtico. Una vez me escabullí a una pequeña capilla al lado de la iglesia. Allí había una estatua de una encantadora dama, con luz alrededor de su cabeza y flores y velas en un pequeño jardín frente a ella. Todos allí tenían cuentas como el rosario de la Srta. Richardson. Yo quería quedarme, pero temía que a la Srta. Richardson no le gustara. Pero decidí que cuando creciera decidiría ser católica, para poder venir y quedarme el tiempo que quisiera.

La Srta. Richardson tenía una amiga que era institutriz como ella, y que cuidaba de otra niña de mi edad. Solíamos jugar juntos mientras la Srta. Richardson y su amiga se sentaban en un banco y hablaban. La niña, descubrí, era católica. Tenía un rosario, y se sorprendió mucho cuando le dije que yo no tenía un rosario y no sabía para qué era. Explicó, de manera más bien condescendiente, que era para rezar a la Madre de Dios. Le pregunté acerca de Dios, y ella estaba realmente sorprendida por mi ignorancia. No sabía casi nada de él. Ella me dijo que Dios es nuestro padre, y que podíamos pedirle cosas y él nos las daba. Esto me pareció maravilloso, y me pregunté por qué nadie me había hablado de todo esto antes.

Le pregunté a la niña dónde estaba Dios, porque había muchas cosas que quería. Dijo que todo lo que tenías que hacer era cerrar los ojos y verlo. Cerré los ojos, pero no vi nada. La niña no tuvo problemas para entender esto. Yo no era católica, ¿qué podía esperar? Me sugirió que probara con la Santísima Virgen, que era muy amable y escuchaba a casi todo el mundo. Me dijo que la Santísima Virgen llevaba un vestido azul y un velo blanco, y pensé en la hermosa estatua que había visto en la iglesia de la Srta. Richardson. Cerré los ojos de nuevo y esta vez lo hice un poco mejor. Pensé que había visto un velo blanco. La niña dijo que era muy bueno para un principiante, y que debería seguir intentándolo. Después de todo, a menos que lo hiciera, iría al infierno y me quemaría para siempre.

Estaba tan emocionada por el velo blanco que no presté mucha atención a la última observación de la niña hasta que me acosté esa noche. Entonces empecé a gritar. La Srta. Richardson me preguntó qué pasaba, y le dije que tenía miedo del infierno. Iba a arder para siempre a menos que fuera católica, obtuviera un rosario y entrara en la iglesia. La Srta. Richardson estaba realmente preocupada, pero no sabía qué hacer. Ella pensó por un tiempo, y finalmente dijo que era mejor que les preguntara a mis

padres sobre la religión. Explicó que la gente generalmente tiene la misma religión que sus padres, y tal vez podrían contarme cosas. Ella dijo que no tenía que temerle al infierno, porque rezaría por mí. Le agradecí mucho y le hice prometer que no lo olvidaría. Entonces decidí preguntar a mis padres sobre mi religión de inmediato. La Srta. Richardson no trató de detenerme.

Me acerqué a la sala de estar, donde mi padre estaba sentado solo leyendo un periódico. Lo observé desde la puerta por un tiempo antes de entrar. Mi padre levantó la vista y parecía sorprendido.

"¿Pasa algo malo?", preguntó. "¿No está la Srta. Richardson?" Dije que sí.

"Oh", dijo papá. "Bueno, tu madre no está aquí y no creo que regrese por un rato", recogió su periódico y le pareció que la conversación había terminado. Pero me quedé a su lado. No lo conocía muy bien y no sabía cómo empezar, pero tenía que averiguar sobre mi religión. Por fin empecé, un poco de repente.

"Padre, ¿qué eres tú?" le pregunté.

"No creo que lo comprendo", dijo mi padre, evidentemente desconcertado. "¿Quieres decir que quieres saber lo que hago?"

Dije que tal vez fuera eso. Mi padre dijo que era químico. Le pedí que me explicara eso, lo que intentó hacer. No entendía lo que decía, pero sentía que no era la respuesta que quería. Así que le pregunté si creía en Dios y tenía una religión. Mi padre dijo que no creía en Dios y no estaba particularmente interesado en la religión. Le pregunté si eso significaba que yo tampoco tenía religión, pero dijo que la gente debería decidir sobre eso por sí misma. Pregunté lo que mi madre había decidido, y él me dijo que ella tenía algún tipo de religión, pero pude ver que él no pensaba mucho en ello. Dijo que no estaba muy seguro de cuál era su religión en ese momento, pero no parecía estar particularmente interesado en el tema. Sin embargo, me quedé un rato más. Finalmente, mi padre vio que yo tenía algo en mente. Dejó su periódico y me pidió que me sentara. Tuvimos una larga charla sobre religión, quizás la única charla real que tuvimos.

Empecé diciéndole a mi padre que quería ser católica a causa del infierno. Mi padre dijo que él mismo no creía en el infierno, y que no pensaba que yo tenía que preocuparme. Parece que incluso podías ser religiosa y no creer en el infierno, lo cual fue un gran alivio para mí. Mi padre dijo que él mismo había sido judío cuando era niño, porque su padre era judío y aunque su madre no lo era, no le importaba. Le pregunté si eso me hacía también judía. Después de todo, aún esperaba llegar a ser algo. Mi padre pensó que debía pensarlo por un tiempo, pero yo quería ser judía enseguida. Le pregunté si creías en Dios si eras judío, y me dijo que sí podías, si querías hacerlo. Entonces le pregunté si conocía alguna oración judía. Pensó por un tiempo, y luego recordó una que había aprendido cuando era niño. Comenzó, "Señor Dios de Israel", y quedé muy impresionada. Él dijo más de la oración, pero eso era todo lo que recordaba.

Le pedí a mi padre que me contara un poco más sobre la religión de mi madre, pero me dijo que no podía seguirle el ritmo y que había dejado de intentarlo. Le dije que quizás ella también decidiría ser judía, pero mi padre se rio y dijo que no era probable. Pero yo había tomado una decisión sobre mí misma. Volví a nuestras propias habitaciones y le dije a la Srta. Richardson que había hablado con mi padre y que me había enterado de que era judía. La Srta. Richardson no dijo nada. Aquella noche, mientras ella rezaba su rosario, yo dije: Señor Dios de Israel, una y otra vez para mí. Estaba muy emocionada por ser judía. Había sospechado



Helen 6 años

durante mucho tiempo que me faltaba algo, y ahora que era judía estaba convencida de que todo iba a salir bien. Pero no le mencioné mi religión a mi madre. De alguna manera sentí que podría no gustarle.

La Srta. Richardson se fue un año después. Por fin había ahorrado suficiente dinero para comprar su propia casa. Me besó antes de irse y me dijo que se acordaría de rezar por mí. Le di las gracias y le dije que yo también rezaría por ella, si quería una oración judía. Dijo que eso estaría bien, y prometió escribirme y enviarme fotos de Inglaterra. Ella nunca lo hizo, pero todas las noches rezaba por ella durante mucho tiempo, diciendo mi Oración Especial Judía. Después de que la Srta. Richardson se marchara, mi madre decidió que ya no necesitaba una institutriz especial. Yo había estado yendo a la escuela durante casi un año, y mi madre me dijo que ella misma me llevaría allí por las mañanas, y una nueva señora me recogería por las tardes y me llevaría al parque. La señora cenaba conmigo por la noche, y se iba justo después.

Era solitario por la noche sin la Srta. Richardson. Solía acostarme en la oscuridad y rezar mi oración especial, pero no me ayudaba mucho. Pensé que sería mejor que aprendiera el resto. Tal vez era demasiado breve o algo así. Pero de alguna manera no me gustaba preguntarle a mi padre sobre el resto. Quizás pensaría que debería haberlo recordado la primera vez, después de que se había tomado tantas molestias para recordarlo por mí. Y entonces el Señor Dios de Israel me desilusionó de una manera terrible. Tenía miedo de dormir sola por la noche, especialmente cuando mis padres salían. No conocía muy bien al cocinero ni a la criada, y nunca se me habría ocurrido ir a hablar con mi hermano. Así que encontré una forma de hacer que mi madre se quedara en casa. Me asomé a su habitación, y si la veía empezar a ponerse el sombrero y el abrigo, me dolía mucho el estómago. La primera vez que esto sucedió fue realmente cierto, y así es como descubrí que mi madre no saldría si yo estaba enferma. Así que empecé a tener muchos dolores de estómago después de eso.

Mi madre me llevó a un médico, que me miró por todas partes y me dijo que no veía nada malo. Después de unos cuantos dolores de estómago más, mi madre me llevó a otro médico. No hice ninguna conexión entre mis dolores de estómago y los médicos. No me hacían preguntas, porque mi madre les explicaba cosas. Fue desafortunado que siempre me agarrara el lado derecho durante mis "ataques", y que mis expresiones de dolor hubieran sido bastante convincentes. Incluso vomité en ocasiones especiales, me puse muy nerviosa y febril, y después me resfriaba. También tenía algunos dolores de estómago cuando mi madre no salía, para que no fuera demasiado evidente. Si no hubiera sido tan cautelosa con estos detalles, podría todavía tener mi apéndice. Un día mi madre me llevó a un médico especial, que me examinó durante mucho tiempo y nos dijo que volviéramos de nuevo y me examinaría un poco más. Después le oí decirle a mi madre que no encontraba nada malo en mí, pero dadas las circunstancias... Terminó la frase fuera de mi alcance.

Unos días después, la señora que generalmente venía por la tarde llegó temprano en la mañana y me puso el sombrero y el abrigo mientras mi madre se ponía el suyo. Pregunté a dónde íbamos todos, y mi madre me dijo que no me excitara o me pusiera nerviosa. Íbamos al hospital donde los médicos lo arreglarían para que no tuviera más esos horribles dolores de estómago. Al principio no lo entendí, pero cuando mi madre me explicó algo más empecé a gritar. Entre gritos, le dije que nunca tuve realmente dolores de estómago, pero ella pensó que lo decía porque tenía miedo de ir al hospital. Ella y la señora prácticamente me llevaron en un taxi, gritando. En el hospital salió un hombre y me ayudó a entrar. Entonces me llevaron a una habitación y me acostaron, y una enfermera me dio algo de medicina. Un poco más tarde me quedé dormida.

Me mantuvieron aturdida todo el día y la noche, así que no podía pensar mucho. Sabía que mi madre se quedaba conmigo, y me gustó esa parte. Incluso pensé que tal vez fuera bueno estar en el

hospital. Pero a la mañana siguiente vinieron y me atraparon. Me pusieron en una mesa y me llevaron. Grité y grité, y tuvieron que sostenerme en la mesa. Entramos en una especie de habitación que me daba mucho miedo, y tres hombres me esperaban allí. Dos de ellos me sostuvieron mientras que el tercero me puso una máscara en la cara. Grité "Señor Dios de Israel" una y otra vez, mientras arañaba y gritaba y mordía. Traté de no respirar, pero no pude aguantar mucho tiempo. Las tres caras que se inclinaban sobre mí comenzaron a girar alrededor de mí hasta que se convirtieron en una cara grande que primero se tornó amarilla y luego negra, y luego me quedé dormida.

Cuando desperté estaba de vuelta en mi habitación sintiéndome fatal. Me dolió mucho el estómago durante unos días, pero al cabo de un tiempo empecé a sentirme un poco mejor e incluso empecé a divertirme. Mi madre se quedaba conmigo y hasta mi padre venía a visitarme. Mi madre me dijo que mi hermano también habría venido, pero se había ido a vivir al campo hasta que regresáramos y estaba demasiado lejos para venir a la ciudad por un rato. Mi madre y yo hablamos de todo tipo de cosas mientras estábamos juntas en el hospital, y la noche antes de salir le pregunté sobre su religión. Había decidido no ser más judía después de lo que había pasado. Probablemente no había ningún Señor Dios de Israel después de todo, y por eso mi padre había dejado de creer en él. Nunca más volví a creer en Dios, aunque me esforcé mucho durante mucho tiempo.

Mientras tanto, tenía un problema más práctico en mis manos. Íbamos a ir a casa a la mañana siguiente y tendría que dormir sola otra vez. La solución para el dolor de estómago había salido muy mal, y yo no iba a intentar otra vez algo así. Mi madre podría salir por las tardes cuando quisiera, lo cual yo sabía por experiencia que sería bastante frecuente. Ya ni siquiera tenía mi Oración Especial, porque ahora sabía que no iba a ser de ayuda en una verdadera emergencia. Sólo podía esperar que mi madre encontrara algo mejor antes de salir del hospital. Mi madre parecía lo bastante contenta como para hablar de religión, aunque dijo que todavía estaba "buscando", pero sí creía en Dios, excepto que aún no estaba segura de cómo. Me contó todo sobre sus religiones desde que era niña. Me sorprendió mucho descubrir que una vez había sido mayormente judía. Sin embargo, a ella no le gustaban mucho los judíos. Me dijo que su padre era rabino en Inglaterra, pero que de todos modos había venido de una familia muy buena. Tenía algunos parientes que no eran judíos, lo que también parecía ayudar.

Afortunadamente, mi padre también estaba bien. Su padre había ganado la medalla de honor del Congreso a pesar de ser judío, y su madre había sido luterana. Así que, parecía que no tenía nada de qué preocuparme. Mi madre misma era ahora teósofa. Trató de explicarme esto, pero no llegué muy lejos. Se veía tranquila y feliz mientras me lo contaba, y una especie de resplandor apareció en su cara. Intenté entender lo que decía, pero no tenía mucho sentido para mí. Y entonces, de repente, el acento inglés de mi madre comenzó a molestarme, y un pensamiento terrible se me pasó por la cabeza. Mi madre sonaba un poco tonta. El pensamiento duró sólo un momento antes de que lo escondiera. Le pregunté a mi madre si sabía una oración que pudiera usar. Resultó que ella conocía muchas oraciones, y me dijo muchas de ellas. Algunas de ellas eran bonitas y algunas incluso parecían canciones, pero ninguna era realmente adecuada.

Por fin mi madre pensó en una oración que estaba segura de que me gustaría. Era simple y bastante corta, y ella me la repitió una y otra vez hasta que la supe de memoria. Entonces me dijo que estaba feliz de que yo estuviera interesada en la religión, y me instó a pedirle a Dios que me ayudara. Ella estaba segura de que si hacía eso, él me mostraría el camino. Se me ocurrió que tenía problemas para encontrar el camino, pero no lo mencioné en voz alta. Después de todo, estaba siendo muy buena conmigo. Me dijo que cuando llegáramos a casa vendría a mi habitación todas las noches y rezaría conmigo. Dije que pensé que sería muy agradable. Empezó a dejar de venir después de una semana o así, aunque vino

regularmente durante los primeros días después de que regresáramos a casa. No me arrepentí mucho cuando dejó de venir por completo. No quise decírselo, pero nunca creí que su oración fuera muy buena. La olvidé completamente en un mes.

Un milagro en Lourdes

No recuerdo mucho sobre religión desde entonces hasta los doce años. Mis padres habían decidido pasar el verano en Europa y llevarme con ellos. Estaba terriblemente emocionada por el viaje, pero me sentía incómoda por una cosa. Sería divertido pasar todo un verano con mi padre. Nunca se me ocurría mucho que decirle, y él no parecía tener mucho que contarme. A veces me sentía tan incómoda con él que mi estómago se me revolvía. Le hablé a mi madre de esto cuando se acercaba el momento del viaje y me explicó la situación real de mi padre. Intenté creer lo que dijo sobre él.



Lourdes, Francia

Mi madre me explicó que mi padre me quería de verdad, pero que él era "diferente" y no me mostraba cómo se sentía realmente, como otros padres. De hecho, dijo, él tampoco parecía fijarse mucho en ella, y por supuesto la amaba. Ese argumento casi me convenció. Estaba seguro de que al menos debía amar a mamá. Probablemente me había equivocado al pensar que no le gustaba sólo porque no me prestaba mucha atención. Mi madre dijo que eso era todo. Me había equivocado. Mi padre era un hombre maravilloso, y debía intentar apreciarlo más.

En el viaje vi que mi madre tenía razón. Mi padre no nos prestó mucha atención a ninguna de las dos. Pero esto no se debía a que no nos amara, por supuesto. Era sólo que él era "diferente", y yo trataría de apreciarlo como lo hacía mi madre. Después de todo, era un hombre maravilloso y tenía la suerte de tenerlo como padre. Trabajé duro todo el verano tratando de valorarlo, pero no parecía progresar mucho. Hablé con mi madre sobre esto y me dijo que lo entendía. Le había llevado un tiempo darse cuenta de que él era "diferente", e incluso había sido un poco difícil para ella al principio. Ella me aseguró, sin embargo, que cuando una vez me diera cuenta de lo maravilloso que era en realidad, entendería lo tonta que había sido por no apreciarlo. Eso, parecía, era lo que le había pasado.

Pasamos los últimos días del verano de 1921 en Lourdes. Me impresionó profundamente la gruta, y me encantó la estatua de la Santísima Virgen en lo alto de una gran roca. Había montones de muletas y aparatos ortopédicos que la gente había dejado allí porque habían sido curados y ya no los necesitaban. Hubo oraciones, servicios y procesiones durante todo el día, y también por las tardes. Me dijeron que la gente venía de todas partes del mundo para ser bendecida y curada, y para obtener el agua especial que salía del lado de la roca donde estaba la estatua de la Santísima Virgen. Yo también fui bendecida, y compré una botella con una cruz de oro para poder traer un poco de agua a casa. Nos quedamos en un hotel cerca del santuario, y podía ver la roca desde el balcón de mi habitación. Salía a mirar la roca cada noche, y pensaba en las muletas y los aparatos ortopédicos y en las miles y miles de personas que venían aquí y creían. ¿Podrían estar todos equivocados?

También recordé a la Srta. Richardson y su rosario. De todos los lugares del mundo, éste era seguramente el mejor para comprarme un rosario y probarlo. Había comprado un librito sobre el rosario que te decía cómo rezarlo. De repente, una noche, estaba muy ansiosa por obtener un rosario y empezar de inmediato. Mi madre se había ido a algún lado, y mi padre estaba leyendo solo en su habitación. Le dije que quería comprar un rosario. Se metió la mano en el bolsillo y me dio algo de dinero sin mirar hacia arriba. Para mi gran sorpresa le pedí que viniera a la tienda conmigo. Dijo que estaba cansado y que quería leer un rato. Además, la tienda estaba justo enfrente y todavía había luz. No había razón por la que no debiera ir sola. Por alguna razón, la conversación se descontroló desde entonces. Dije muchas cosas muy inesperadas que no pude entender para nada después.

Primero dije que no podía hablar francés, así que el hombre de la tienda no entendería lo que yo quería. Mi padre miró sorprendido. Me recordó que había estado tomando clases de francés durante algún tiempo y lo hablaba mucho mejor que él. Entonces dije que no entendía el dinero francés y necesitaba ayuda con él. Mi padre dijo que podía preguntarle al hombre de la tienda. Estaba seguro de que no tendría ningún problema. Todo el mundo, dijo, estaba acostumbrado a los americanos. Entonces le dije que simplemente no quería ir por mi cuenta, y quería que me acompañara. Me estaba excitando bastante en ese momento. De repente me enojé terriblemente, y empecé a gritar de rabia.

Mi padre simplemente me miró. No estaba enojado. Simplemente no entendía todo el asunto. Dijo que algo me debía pasar, y pensó que lo mejor era ir a mi habitación para que pudiera superarlo. Mi madre volvería en unos minutos, y él me la enviaría para que me aclarara las cosas. Cuando me giré para irme, me volvió a llamar porque había olvidado el dinero. Dijo que quizás todavía quisiera el rosario cuando me sintiera mejor. Agarré el dinero y salí corriendo. En mi habitación me senté en la cama. No lloré. Me quedé sentada y no sentí nada. Mamá llegó un poco más tarde. Dijo que mi padre le había dicho que algo parecía estar mal, pero todo lo que él sabía era que yo quería comprar un rosario y que me había dado el dinero, después de lo cual yo había actuado de forma extraña.

Yo no dije nada. Mi madre me dijo que no creía que yo estaba siendo muy agradecida, después de que mi padre nos había dado un verano tan maravilloso y había sido tan amable con nosotros. Dije que no era verdad que estaba siendo amable con nosotros. Era horrible y siempre había sido horrible. Le dije a mi madre que ella había inventado la parte de que él era "diferente", y no iba a tratar de apreciarlo más. Fue una tontería fingir que era maravilloso. No le importaba nadie, y no tenía sentido decir que sí. Mi madre estaba realmente sorprendida. Ella dijo que no me daba cuenta de las cosas terribles que estaba diciendo, y que debía ir a disculparme con él por hacer tanto alboroto cuando era tan considerado. Dije que no lo haría. Hubo un silencio muy largo. Entonces mi madre me repitió que no me había dado cuenta de lo que estaba diciendo, y esta vez sabía que tenía razón. Empecé a llorar, y mamá me tomó en sus brazos y dijo muchas veces que la gente dice cosas malas que no quiere decir. Nos olvidaríamos de todo. Por supuesto que a papá realmente le importábamos. Todo había sido un error.

Lloré mucho más, y dije que pensaba que debía estar enferma o algo así. Eso fue todo. Estaba enferma y no sabía lo que decía. En ese momento me sentí realmente mal, así que mi madre me ayudó a dormir y me quedé allí hasta el día siguiente. Ninguna de nosotras volvió a mencionar el episodio. Por la mañana, mi padre se fue a algún lugar durante el día, y mi madre vino conmigo a comprar el rosario. También compré una pequeña medalla de la Santísima Virgen, y las llevamos las dos a un sacerdote para bendecirlas. Nos quedamos en la gruta para la misa y para un hermoso servicio después. Era sábado, y había más flores, música y procesiones que de costumbre. La gente rezaba por todas partes. Todo era muy, muy hermoso. Le pregunté a mi madre si alguna vez había sido católica, y me dijo que no lo había sido. Pero se veía que estaba a punto.

Esa noche en mi habitación me quedé en la oscuridad con mi rosario en la mano y mi medalla alrededor del cuello, pensando en Dios y en la Srta. Richardson y la Santísima Virgen. De repente tuve una idea. Este era un lugar maravilloso, y tal vez si pidiera un milagro para mí misma lo conseguiría. Y entonces creería en Dios y me convertiría en católica. Salí al balcón y miré hacia la roca.

"Por favor, Dios", dije en voz alta: "No soy católica, pero si todo esto es verdad, ¿me enviarías un milagro para que pueda creer en ti?".

Ya había decidido cuál sería el milagro. Cerraría los ojos y diría tres avemarías. Si hubiera una estrella fugaz en el cielo cuando abriera mis ojos de nuevo, ese sería mi milagro. Realmente no esperaba encontrar el meteorito, pero cerré los ojos y dije tres avemarías de todos modos. Cuando abrí mis ojos otra vez, el cielo estaba lleno de estrellas fugaces. Observé aturdida en silencio, y luego susurré, "Es mi milagro. Dios realmente lo envió. ¡Mira, oh mira! Es mi milagro".

Me quedé inmóvil hasta que las estrellas se habían desvanecido y el cielo estaba oscuro de nuevo. Y entonces me acordé. Nuestro guía nos había dicho que este era el momento de las lluvias de meteoritos en esta parte del mundo, y que llegarían con bastante frecuencia muy pronto. No era realmente un milagro en absoluto. Nunca antes había visto una lluvia de meteoritos, y por eso no la había reconocido de inmediato. Probablemente incluso había escogido un meteorito para mi milagro porque el guía me había hablado mucho de las lluvias esa misma tarde, y entonces pensé cuánto me hubiera gustado ver una. Difícilmente podrías convertir eso en un milagro. Tienes que ser muy cuidadosa, o te pueden engañar. Bueno, reconozco una lluvia de meteoritos cuando la veo. No puedo ser engañada tan fácilmente. Entonces tuve otra idea. ¿No podría ser un milagro que yo pensara en pedir una estrella fugaz justo antes de que se produjera una lluvia de meteoritos? Después de todo, no tenía forma de saber que venía uno en ese momento. Tal vez fue un verdadero milagro después de todo. Pero no pude convencerme a mí misma otra vez. Había sospechado profundamente de todo esto. Incluso me enojé un poco por eso.

Tal vez, me dije a mí misma, el agua y las curaciones y las muletas eran como la lluvia de meteoritos. La gente pensaba que eran milagros. Todo podría suceder así. Puedes ser engañada muy fácilmente. Estaba a punto de resolverlo de esa manera cuando surgió otro pensamiento que me hizo sentir muy incómoda. Le había dicho a Dios que si veía un meteorito cuando abriera los ojos sería mi milagro. Ciertamente había visto un meteorito. Eso fue un hecho. Si hubiera un Dios, tal vez no le gustaría la forma en que yo tomaba su milagro. No estaba siendo agradecida. Si Dios se hubiera tomado la molestia de enviar un milagro especialmente para mí, no se habría tomado amablemente todo este escepticismo. Y si había un Dios, entonces también podría haber un infierno para la gente que no lo apreciaba.

Tuve que argumentar mi salida de todo esto finalmente, aunque me quedé algo inquieta. Me convencí a mí mismo de que si Dios se iba a molestar en enviarme un milagro, seguramente tendría el sentido suficiente para hacerme creer en él. Un milagro es algo en lo que tienes que creer. Realmente no creía en eso, así que no pudo haber sido un verdadero milagro. De todos modos, decidí que no tenía que decidirme de inmediato. Había mucho tiempo para eso. Lo pensaría todo después. Me estaba cansando mucho, así que entré y después de un rato me quedé dormida. Tuve algunos sueños incómodos, pero no recordaba que habían sido cuando me desperté al día siguiente.

Aproximadamente un año después de regresar del viaje, mi hermano se casó y nos mudamos a un apartamento más pequeño. Georgia, la criada vino con nosotros. Ella y yo habíamos sido amigas por algún tiempo, pero ahora nos volvimos mucho más cercanas. Georgia era de Alabama y no tenía familia en Nueva York, así que ella y yo nos unimos. Solíamos hablar de las cosas bastante a menudo, pero no

hablamos de religión durante algún tiempo. Pero una vez que mencionó el tema, me interesé mucho en su religión y le pedí que me lo contara todo. Georgia era bautista. Su iglesia oficialmente creía en el infierno, me dijo, pero me di cuenta de que su propio Dios personal era bastante amistoso y no iba asustando a la gente con fuego infernal y condenación. Aparentemente, él no molestaba a sus hijos haciendo demasiadas demandas poco razonables para ellos, pero no los defraudaba y lo arreglaba para que las cosas siempre salieran bien al final. Esto me pareció lo suficientemente bueno. No estaba muy convencida de que todo acabaría bien.

Georgia leía la Biblia todas las noches, y empecé a ir a su cuarto para que pudiéramos leerla juntas. Era una cosa agradable de hacer antes de acostarse. Mi madre, al parecer, había dejado de ser teósofa, pero no hablaba conmigo de sus recientes aventuras religiosas y no me gustaba plantear la cuestión yo misma. Todavía llevaba mi medalla de la Santísima Virgen, pero nunca había podido llegar a una conclusión definitiva sobre mi milagro. De vez en cuando lo recordaba, pero siempre mantenía una postura firme. Mientras tanto, Georgia y yo leíamos la Biblia por las noches.

Un domingo, ella me preguntó si me gustaría ir a la iglesia con ella. Su iglesia estaba en la ciudad, y me lo contó todo en el camino. Estaba muy emocionada. Georgia dijo que Dios nos estaría esperando, y ella generalmente tenía razón. Antes del servicio, Georgia me llevó delante de la iglesia y me presentó al ministro, quien me dijo "Dios te bendiga". Entonces Georgia y yo nos sentamos juntos y esperamos al Señor.

La gente en la iglesia de Georgia cantaba canciones que eran muy diferentes a todo lo que yo había escuchado antes. Las cantaban una y otra vez, comenzando suavemente y sonando cada vez más fuerte. Era tan hermoso que te salían lágrimas. Un número de personas lo hicieron. Pero la mayoría de ellos se alegraban mucho, y comenzaban a aplaudir y a patear la música. Algunos de ellos incluso se levantaban en sus asientos o salían a los pasillos y empezaban a gritar. Me di cuenta de que se sentían maravillosamente bien aunque no podía entender la mayoría de las palabras que gritaban. No estaba segura de que estuvieran hablando inglés. Era obvio, sin embargo, que estaban en términos amistosos con Dios, y muy acostumbrados a hablarle abierta y directamente. Al principio me sorprendió bastante todo esto. Siempre me había dirigido a Dios formalmente, con respeto e incluso deferencia, pero con poca intimidad. Al principio no sabía qué hacer con este enfoque tan diferente, e incluso pensé que podía ser un error. Pero pronto mis pies comenzaron a moverse con la música. Un poco más tarde estaba aplaudiendo, y más tarde estaba cantando en voz alta como todo el mundo.

Georgia se balanceaba de un lado a otro con los ojos cerrados, pero de vez en cuando miraba hacia mí y sonreía. Me sentía feliz y muy a gusto en mi hogar. Entonces el ministro nos dio una maravillosa charla. Nos habló de Dios, del cielo y de la salvación. Dijo que este mundo no era donde realmente pertenecíamos, y que nos esperaban cosas maravillosas. Algún día, dijo, todos estaríamos con el Señor para siempre. Todo lo que necesitábamos era fe. La fe era el don de Dios, y cualquiera que se lo pidiera se la daría. Hubo una "colecta de consagración" después del sermón, que Georgia me explicó. Si querías algo especial, consagrabas tres monedas de diez centavos a Dios y le pedías a Dios fe. Después de eso, cantamos un poco más, y entonces todos salieron a dar la mano al ministro. Cuando llegó mi turno me preguntó si me gustaba el servicio y le dije que fue maravilloso. Dijo que debería volver y me dio una palmadita en el hombro.

Ahora que había sido especialmente invitada fui a la iglesia con Georgia lo más a menudo posible, y consagré mis tres monedas de diez centavos para la fe. En la iglesia recé y canté con todos los demás, pero afuera cuando intentaba hablar con Dios nunca estaba muy segura de que alguien estuviera allí para escuchar. Algo faltaba. Y finalmente un día descubrí lo que era. Georgia me llevó un domingo a un

servicio de bautismo. Gente con largas túnicas blancas estaba de pie al lado de una piscina de mármol frente a la iglesia. El ministro, que ahora era un gran amigo mío, estaba en la piscina y echó suavemente a cada uno de los presentes en el agua. Después, salieron de la piscina por el otro lado y se unieron a las filas de los redimidos. Me impresionó mucho. Antes de la ceremonia, el ministro había dicho: "Los que hoy han de ser bautizados, han venido a cumplir los deseos del Señor. Él nos ha dicho que debemos ser bautizados para ser salvos. A menos que sean bautizados no pueden ser puros de corazón, y a menos que sean puros de corazón no pueden ver a Dios". Eso era, me dije a mí misma. Tienes que ser bautizada antes de poder ver a Dios. Yo no había sido bautizada. Eso era lo que faltaba.

Esa noche hablé con Georgia sobre el bautismo. Ella había sido bautizada en el sur y dijo que era la experiencia más maravillosa de su vida. Ella dijo que cuando te bautizas, el Espíritu del Señor desciende sobre ti y hace un milagro en tu corazón, y después tienes una gran fiesta. El bautismo te hace un verdadero hijo de Dios. Después de todo, la Biblia dice que se supone que debes ser bautizado. Georgia tomó la Biblia y me mostró el pasaje. Eso fue lo que dijo, muy bien. No había duda de ello. Le dije a Georgia que quería ser bautizada lo antes posible, y ella me sugirió que hablara con su ministro al respecto. Fue muy, muy agradable. Estuvo de acuerdo en que yo me bautizara, pero al parecer había un problema que no había previsto. Cuando un ministro te bautiza, se espera que te unas a su iglesia. Como hijo de Dios te conviertes en un miembro del hogar de Dios. El ministro, por supuesto, me bautizaría si yo quisiera que lo hiciera, pero pensó que tal vez estaría mejor si yo fuera bautizada en una iglesia que estuviera, bueno -dudó un poco, y luego dijo- más cerca de mi casa. Quizá debería irme a casa y pensarlo.

Fui a casa y lo pensé. No me había dado cuenta de que unirme a la iglesia era parte de ser bautizado, y sentía que al menos uno debía creer en Dios primero antes de dar un gran paso como ese. Probé con el ministro de una iglesia bautista cerca de donde yo vivía, pero él dijo casi lo mismo. Él estaría feliz de bautizarme y aceptarme como miembro de la iglesia. Esas parecían ser las reglas. Por fin encontré a un ministro que celebraba servicios especiales en una especie de gran casa de reuniones, y también tenía allí servicios especiales de bautismo una vez al mes. Georgia y yo fuimos a una de sus reuniones, y ella me explicó que él era un evangelista del Señor, y tenía una misión especial convirtiendo gente. Después del servicio, que fue muy emocionante, subí y le pregunté al ministro acerca de ser bautizada allí. Me preguntó todo sobre mí y mi religión, y también sobre mis padres y la de ellos. Dijo que me bautizaría, pero pensó que yo debía preguntarle a mis padres primero. Ser bautizado, dijo, era un paso muy serio. Significaba adoptar una posición definitiva sobre Dios, y él pensaba que mis padres podrían tener fuertes convicciones sobre el asunto. Dije que no creí que les importaría, pero él dijo que nunca se sabe. Él no se negaría a bautizarme aunque a ellos no les gustara la idea, pero pensaba que al menos yo debía decírselo. Sentía que mi padre especialmente podía tomar mi bautismo con dificultad, siendo judío. Yo hablaría con mis padres y volvería a verlo.

No esperaba oposición de mi madre y ella no me la ofreció. Le gustó la idea y me prometió comprarme un libro de bolsillo que había estado esperando como regalo especial. Estaba mucho más preocupada por mi padre. Era difícil imaginar cómo se sentía sobre cualquier cosa. Tal vez el ministro tenía razón. Tal vez mi padre tenía sentimientos firmes sobre el bautismo. Puede que incluso se enojara mucho. Nunca podías decirlo. Dudé un poco antes de preguntarle, y cuando finalmente fui a hablar con él tuve muchos problemas para empezar. Después de cambiar incómodamente de un pie a otro, por fin lo conseguí.

"Padre, he decidido bautizarme", le dije. "¿Cómo te sientes al respecto?"

Papá dijo que pensaba que debía bautizarme si quería. Esperé a que él dijera más, pero obviamente no vio la necesidad de hacerlo. Sin embargo, sentía que había más cosas que decir.

"No te importa, ¿verdad, padre?", le pregunté, ansiosamente. "Quiero decir, ¿no estás enfadado o algo así?"

"¿Yo?", preguntó mi padre, obviamente sorprendido. "¿Por qué debería estar enojado?"

Todavía no estaba satisfecha. De alguna manera no me parecía bien que me saliera del asunto tan fácilmente.

"¿Estás seguro que no te importa?", pregunté.

Mi padre me aseguró que estaba bastante seguro de que no le importaba. Supongo que debería haber estado satisfecha. Había conseguido lo que quería, y no podía entender por qué me sentía tan infeliz. Obviamente, mi padre no tenía nada más que decir, y me fui muy rápidamente porque no quería que notara que tenía lágrimas en los ojos. Al día siguiente regresé y le dije al ministro que mis padres no se oponían a mi bautismo. El domingo siguiente iba a haber una ceremonia de bautismo, y yo iba a ser incluida. Me dijo que mientras tanto rezara y dije que lo haría, o al menos haría lo mejor que pudiera. El ministro dijo que eso era todo lo que se necesitaba.

Georgia vino a mi bautismo como mi testigo y mi amiga. Me ayudó a prepararme y a ponerme la bata blanca. Ella estaba muy emocionada, y me decía que iba a tener la experiencia más maravillosa de mi vida. Esperaba que tuviera razón. Después de la ceremonia me vestí y fui al despacho del ministro para obtener mi certificado bautismal, mientras Georgia guardaba mis cosas mojadas en una bolsa que habíamos traído con nosotros. El ministro quería asegurarse de que el nombre fuera correcto, así que me pidió que se lo explicara. Mi nombre de pila salió bien, pero cuando llegué a mi apellido hice algo muy peculiar. Me sorprendí mucho cuando lo hice, y después me sentí demasiado avergonzada como para corregirlo. En vez de darle el apellido de mi padre, le di el nombre de soltera de mi madre como mío. Me puse roja, pero ya estaba hecho y lo dejé ir. El ministro hizo el certificado y me lo entregó. Lo escondí en mi bolso y corrí hacia Georgia. Me alegré de que ella no me hubiera oído cometer ese terrible error.

De camino a casa, Georgia dijo que pensaba que debíamos hacer una especie de fiesta, así que me invitó a un helado y una tarta y me compró una caja de dulces después. Disfruté de la fiesta, pero cuando llegamos a casa empecé a sentirme bastante triste. No era realmente diferente, ahora que había sido bautizada, pero seguí yendo a la iglesia con Georgia un tiempo más, por si acaso. Entonces empecé a ir sólo de vez en cuando, y finalmente enviaba mis tres monedas para que Georgia las consagrara por mí. No servía de nada. No tenía fe. Georgia dijo que probablemente era obra del diablo, y me sugirió que rezara de todos modos. También prometió rezar por mí. Dios no me defraudaría, estaba segura, ahora que yo había sido debidamente bautizada. Le tenía mucho cariño a Georgia. Ella había sido amable conmigo. Le agradecí sus oraciones y lo dejé pasar.

Poco después de eso me topé con otros problemas. Había sido gorda desde hacía mucho tiempo, pero no me preocupaba demasiado hasta que los niños llegaron a ser importantes. En las fiestas, los chicos me tomaban el pelo por ser gorda, y no me pedían que bailara o me llamaban por teléfono para las citas. Me sentía muy miserable e hice lo que siempre hacía cuando me sentía muy miserable. Comía. Cuanto más comía, más gorda estaba. Comencé a rechazar todas las invitaciones, y volvía a casa después de la escuela y me quedaba allí. No había encontrado a Dios, y empezaba a parecer que tampoco era querida en la tierra.

Mi madre se dio cuenta de que tenía problemas y trató de ayudarme. Había encontrado al más maravilloso médico de la Ciencia Cristiana que, decía, le había mostrado la luz. Después de todo, no tenía nada que perder y hasta podría salir ganando un poco. Mi madre me dio un libro sobre Ciencia Cristiana

para leer primero. Desgraciadamente no me impresionó mucho de una manera u otra, y fui al terapeuta más en un espíritu de esperanza que de fe. El médico me dio muchas razones para discutir con la simplicidad de la repetición frecuente, pero no pude evitar pensar que por su forma de argumentar se podía probar cualquier cosa. Pronto me di cuenta de que me enfrentaba al mismo viejo problema. Primero tienes que creer y luego encontrar pruebas de lo que crees. No tenía sentido volver a pasar por todo eso.

Pero el mundo seguía conmigo y tuve que lidiar con ello de alguna manera. Decidí retirarme de la vida social y convertirme en una "intelectual", pero ahora rechazaba las invitaciones porque prefería quedarme en casa y leer, y cuando no venían las invitaciones no me importaba porque tenía algo mejor que hacer. Eventualmente dejé de comer demasiado y adelgacé, pero había captado la idea de que el mundo era un lugar incierto y traicionero, y no estaba ansiosa por volver a él. De hecho, no sabía mucho de eso. Me había perdido las primeras etapas de fiestas y citas, y no estaba al día con las películas y obras populares. No entendía de qué estaban hablando los niños y niñas de mi edad, y con el paso del tiempo fue cada vez más difícil para mí comunicarme con ellos. Seguí siendo una "intelectual". No tuve mucha elección en el asunto, realmente.



Helen 16 años

Universidad y Matrimonio

Para cuando ingresé a la universidad en 1931, ser intelectual era mi principal fuente de consuelo y protección. Me especialicé en inglés, y le dije a mi madre que tenía la intención de convertirme en profesora de inglés, como ella lo había sido. Mi madre estaba encantada con esta idea, y yo también lo estaba. Parecía un pensamiento amable. Sin embargo, esta no era mi intención secreta. No tenía ninguna duda de que algún día sería una gran escritora, probablemente una novelista de fama internacional. Viviría sola y escribiría. Yo sería diferente a los demás, pero claramente mejor. En vista de mi meta secreta, la intensa dificultad que tenía para escribir cualquier cosa me resultaba particularmente penosa. Además, era tan susceptible acerca de mi redacción que, incluso cuando finalmente conseguía poner algo sobre el papel, era muy probable que lo ocultara y me negara a entregarlo. Era difícil negar que esto no estuviera de acuerdo con mi futura carrera como lo había imaginado. De alguna manera logré ponerlo en mi papel de intelectual y de gran futuro escritora, aunque nunca me sentí demasiado cómoda al respecto. Como intelectual era hipercrítica, y como futura escritora era súper sensible. Algún día estos atributos se sumarían a mi personalidad, aunque en la fecha eran bastante difíciles de manejar.

Mientras tanto, leí mucha filosofía y literatura, y me involucré alegremente con los sistemas de pensamiento, las leyes del razonamiento y la lógica en particular. Al negocio de vivir le presté la menor atención posible. En mi segundo año en la universidad conocí a Louis, un chico que trabajaba en la biblioteca. También era un "intelectual", y empezamos hablando de libros. Nos adentramos en la filosofía, en la que también estaba interesado. No había salido mucho con chicas, y se alegró de poder hablar con alguien que no le hacía sentirse incómodo. Comenzamos a vernos cada día para el almuerzo, y luego cada noche también. Unos meses después de conocernos me pidió que me casara con él. Era la única propuesta que tenía. Era también la única que él había hecho. Hablé de la idea con mis padres, o al menos con mi madre. Mi padre dijo que apenas conocía al joven y que apenas podía tener una opinión sobre el asunto. Mi madre, aunque un poco vacilante porque el joven era judío, estaba muy entusiasmada

con el matrimonio. Ella me preguntó si estaba segura de que él era realmente el correcto, y yo le dije que lo era, sin saber realmente qué más decir. Entonces mi madre me besó y empezó a organizar una fiesta. Y así, al parecer, estaba comprometida. Me casé unos meses después, en 1933. Mi esposo no es religioso, y para complacer a sus padres, organizamos una pequeña ceremonia en la oficina de un rabino reformado.

El domingo antes de casarnos, Georgia hizo una consagración especial para nosotros, y esa vez lo aprecié mucho. Estaba bastante inquieta por todo el asunto. Fui a dar un paseo reflexivo la tarde antes de la ceremonia, y con una cosa y otra me detuve en una iglesia católica. No recé nada, pero encendí dos velas, una para mi futuro esposo y otra para mí. Parecía algo bueno que hacer. Al día siguiente, mi padre nos llevó al templo. Estaba demasiado nerviosa por la ceremonia como para querer un asunto elaborado, y le pedí al rabino que lo hiciera lo más corto posible. Terminó en menos de diez minutos, y no tengo ni idea de lo que dijo el rabino. Mi esposo y yo nos sorprendimos un poco al darnos cuenta de que estábamos casados. Después de la ceremonia, cada uno de nosotros regresó a casa de nuestros padres para estudiar. Nos casamos a finales de mayo, durante la semana de exámenes finales.



Helen y su esposo, Louis

Estar casada cambió muy poco mi vida al principio. Todavía tenía dos años de universidad, que quería terminar. Mi esposo se graduó el año que nos casamos y decidió entrar en el negocio del libro. No teníamos nada con lo que vivir mientras él empezaba, así que se mudó con nosotros por el momento. El apartamento era grande, y había mucho espacio. Además, no me sentía realmente casada y estaba muy contenta con el arreglo. Mi esposo estaba ocupado con el negocio del libro, y yo con la universidad. Me hubiera gustado que continuara indefinidamente, especialmente porque a mi esposo no le resultaba difícil. La casa seguía siendo tranquila, las comidas eran puntuales y él y mi padre jugaban al ajedrez por las noches. Sin embargo, después de mi graduación en 1935, nos vimos obligados a tomar un lugar propio de repente. Mi madre se puso muy enferma, y el médico le sugirió que se liberase de todas las presiones domésticas. Mis padres se mudaron a un pequeño apartamento en un hotel que proporcionaba un servicio completo, y mi esposo y yo nos mudamos a un pequeño lugar cercano.

Mis padres ya no tenían ninguna necesidad de Georgia, pero ella había estado con nosotros tanto tiempo que era prácticamente un miembro de la familia. Además, la decisión de abandonar el apartamento había sido muy repentina, y Georgia no había tenido la oportunidad de mirar a su alrededor. Los tiempos eran malos, también, y pocas familias eran capaces de permitirse criadas en esos años. Georgia nunca había trabajado para ninguna otra familia desde que llegó del norte de Alabama como niña, y mis padres sentían una verdadera obligación hacia ella. Le hicieron un arreglo muy generoso a ella y también a mí. Mi esposo y yo apenas podíamos pagar una criada, pero mis padres accedieron a seguir pagando el sueldo de Georgia y hacer que ella viniera a trabajar para nosotros. Agradecí esta decisión, no sólo porque no sabía cocinar. Georgia era una amiga muy antigua y era agradable tenerla cerca.

La tienda de libros de mi esposo estaba muy lejos de nuestro apartamento, y cuando decidimos que yo también trabajaría en la tienda era obvio que mudarnos cerca era lo más sensato. Encontramos un apartamento a unas manzanas de la librería, pero no me gustó en absoluto. Estaba muy lejos de donde vivían mis padres, y no podía superar la sensación de que no pertenecía allí. También empecé a ayudar a mi esposo en la librería, y eso tampoco me gustó. Traté de pensar que era "nuestra" tienda, pero nunca pude arreglármelas. Aproximadamente un año después me puse muy enferma, y el médico me dijo que necesitaba una operación, lo que me asustó de muerte. Tenía pesadillas de ser sostenida en una mesa y tener una máscara negra sobre mi cara. Me despertaba gritando casi todas las noches. Me aterroricé

durante varios meses, durante los cuales simplemente enfermé y enfermé. Por fin volví a hablarlo con el médico. Me aseguró que la cirugía no era gran cosa y que yo no me enteraría hasta que terminara. También estaba bastante seguro que saldría en una semana más o menos. Estaba demasiado enferma para retrasarlo por más tiempo, y arreglé todo para ir al hospital al día siguiente.

Esa noche me senté sola y traté de organizarme. Sería mucho más fácil, pensé, si creyera que Dios cuidaría de mí. Supongo que había una posibilidad de que existiera después de todo. Ciertamente el hecho de que yo no creyera en él no tenía nada que ver con su existencia de un modo u otro. En cualquier caso, no debería ser perjudicial intentar llegar a un compromiso razonable. Yo pondría la operación en las manos de Dios en caso de que existiera, y si las cosas salían bien, podría incluso volver a creer en él. No había nada que perder al intentarlo. Dije la oración del Señor, puse mi operación en las manos de Dios, y al día siguiente fui al hospital con mi medalla de la Santísima Virgen en el cuello.

Todo salió mal. Estuve inconsciente durante mucho tiempo, y no salí del hospital en más de cuatro meses. Una de las enfermeras que me cuidaba era católica y muy religiosa. Ella pensó que yo también era católica, habiendo visto la medalla que llevaba puesta. Me dijo que había estado rezando por mí todos los días, y que había ofrecido una misa de acción de gracias cuando finalmente recuperé la conciencia. Dios había sido muy bueno conmigo, me dijo, y fue un verdadero milagro que yo hubiera logrado salir adelante. Yo no lo vi de esa manera. Estaba muy enojada por todo el asunto, y me mantuve enfadada durante años. Si esta era la idea de Dios de hacer que las cosas salieran bien, pensé, ciertamente tenía un sentido del humor desagradable. La enfermera no aprobó mi actitud y dijo, bastante severamente, que seguiría rezando por mí. Dios me haría ver las cosas correctamente. Ella no creía que apreciara todo lo que él había hecho por mí.

Esa última observación me sonó familiarmente conocida, lo que me enfureció aún más. Le dije a la enfermera que no podía evitar que rezara, por supuesto, pero agregué que le agradecería que no le pidiera a Dios otro milagro hasta que al menos fuera lo suficientemente fuerte para hacer frente a éste. Dije que, considerando todo, tuve suerte de haber sobrevivido. De hecho, estaba muy deseosa de esperar mucho tiempo antes del siguiente, y le sugerí que le dijera a Dios que no había prisa. La enfermera me respondió que era obvio que tenía mucha necesidad de oraciones, independientemente de cómo me sintiera, y que seguiría tratando de ayudarme a pesar de mi falta de aprecio por el milagro que Dios me había dado. Sentí cualquier cosa menos gratitud por su ayuda continua, y se lo dije. Lo que realmente necesitaba era sentirme mejor y salir del hospital, y no me parecía probable que las oraciones me ayudaran en esto.

A lo largo de todos los largos días que pasé en el hospital, no podía sino esperar para salir, pero cuando finalmente me fui a casa no estaba nada entusiasmada. Hasta que enfermé, siempre había tenido la vaga idea de que no me pasaría nada malo. Ahora sentía que sólo las cosas malas eran probables que ocurrieran, y el desastre real parecía inevitable. Caminaba de puntillas, esperando a que el hacha cayera. No estaba dispuesta a arriesgarme con nadie ni nada. Estaba convencida de que nadie se preocupaba mucho por mí, una creencia de que ni mi esposo ni Georgia podían evitarlo. Me sentí abandonada tanto por la tierra como por el cielo. Estuve enferma durante mucho tiempo, pero al final me vi obligada a reconocer que estaba mejor físicamente y tuve que declarar una moratoria sobre mi invalidez, una decisión que el médico consideraba que había retrasado demasiado. Sin embargo, fue una decisión que me dejó en una situación muy difícil. El estar enferma me había dado vacaciones de mis problemas, pero los problemas seguían ahí y mi enfado no me ayudaba a resolverlos.

Pasaron años antes de que por fin me diera cuenta de que había una posibilidad de que pudiera haber estado mirando las cosas de forma equivocada. Me había costado más de veinte años sospechar esta posibilidad. Habiendo aceptado tanto, comencé a repasar mi vida hasta ahora, y entre otras cosas revisé

mi larga y errática búsqueda de Dios. Estaba claro que no había llegado a ninguna parte con eso. Admito que la culpa puede haber sido mía. Tal vez, como la enfermera había dicho en el hospital, no apreciaba todo lo que Dios había hecho por mí. Había tenido problemas para aceptar un milagro una vez antes, como recordaba. Sin embargo, pensaba que la gente sólo puede poner en marcha proyectos lo mejor que pueda, y a mi manera sentía que lo había intentado. No tenía sentido especular sobre cómo habría resultado la búsqueda si lo hubiera hecho de otra manera. Si Dios existe, cosa que yo dudaba mucho, algún día podría plantear la cuestión de la religión personalmente. Si él no existe, bueno, entonces es así. Para mí, la búsqueda había terminado.

Sin embargo, de mi período de recapitación surgieron algunas conclusiones más positivas. Era verdad que no había encontrado los verdes pastos, pero se me ocurrió que a pesar de eso tenía una casa. De hecho, estaba sentada en mi casa en ese mismo momento. Era sólo que de alguna manera no lo había notado antes. Yo tampoco vivía sola en ella. Mi marido vivía allí conmigo. Al fin pensaba en él. Decidí que era muy amable. Él no era Dios, por supuesto, pero eso era probablemente igual de bien, considerando todas las cosas. Y parecía el tipo de persona con la que se podría establecer una relación razonablemente buena. Tomaría un tiempo, naturalmente, y podría ser bastante difícil a veces, pero sería mejor que empezara. Hemos estado casados desde hace mucho tiempo, y en general nos gusta así.

Cuando me alejé de la búsqueda del Cielo, me di cuenta de que era mejor empezar a buscar una buena manera de pasar el resto de mi vida en la tierra. Esto, reconocí, podría ser difícil, ya que sabía muy poco del mundo. Pero de nuevo, mejor que empiece ya. Georgia se ocupaba de nuestras tareas domésticas, y no teníamos hijos que ocuparan mi tiempo. Al principio intenté de nuevo con el negocio del libro. Mi esposo es un hombre de libros de primera clase, que había pasado gran parte de sus primeros años escolares faltando a clases y leyendo alegremente en la biblioteca pública. Había coleccionado una excelente biblioteca, y aún estaba más interesado en comprar y leer libros que en venderlos. Sin embargo, logramos salir adelante y las finanzas no fueron un problema demasiado serio. Mi padre estaba dispuesto a ayudarnos si necesitábamos algo. Pero mientras que el negocio del libro era claramente el lugar correcto para mi marido, era igualmente claramente el lugar incorrecto para mí. Empecé a ir allí cada vez con menos frecuencia, y por lo general me peleaba con mi esposo cuando lo hacía. Al parecer no nos llevábamos bien en los negocios. Empecé a sentirme atrapada en una mala situación, sin una idea clara de cómo salir de ella.

Por un tiempo comenzó a verse como si mi búsqueda terrenal pudiera terminar tan ineficazmente como mi búsqueda del Cielo. Sin embargo, a pesar de mi creciente depresión, tuve que reconocer que era singularmente libre de hacer lo que quisiera. Mi esposo me dio apoyo activo y aliento en la planificación de una carrera independiente, y mi padre no se opuso a pagar cualquier gasto que pudiera estar involucrado. El problema era que no podía tomar una decisión sobre lo que quería hacer. Era obvio que no iba a ser la gran escritora que una vez había imaginado. Sin embargo, seguí considerando varias otras carreras en gran parte al nivel de la fantasía, sin considerar seriamente la necesidad de emprender una formación realista. Había estado fuera de la universidad por un tiempo, y en realidad tenía miedo de volver a la facultad. La verdad es que me asustaba mucho el fracaso.

Mi madre murió mientras estaba considerando las posibilidades de la Unidad, por lo que no tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión. Recuerdo las palabras en su funeral: "... Y ha complacido a Dios Todopoderoso llamar a su hija al descanso eterno..." Espero que haya sido así con mi madre. Después de todo, sería justo. Mi padre murió unos años después. Mi hermano y yo nunca nos habíamos conocido bien, pero hablamos bastante después del funeral de mi padre. Para mi sorpresa, mi hermano me preguntó qué clase de persona creía que era mi padre. Le dije a mi hermano que él había estado en el negocio con

mi padre durante varios años y lo había visto todos los días. Seguramente estaba en mejor posición que yo para conocer a mi padre.

"Sabes, es curioso, respondió mi hermano, después de un silencio bastante largo, nunca descubrí mucho sobre él. Pensé que tal vez lo sabrías".

Sólo moví la cabeza. Ambos permanecemos en silencio durante un tiempo, y luego estuvimos de acuerdo en que ya no importaba. En cuanto a mí, no era el primer problema que tuve que dejar sin resolver, y probablemente no sería el último. Estaba dispuesta a dejarlo pasar.

De los dioses antiguos sólo queda Georgia. Ella misma es una especie de milagro. Su cabello es blanco, pero por lo demás ha cambiado muy poco. No tengo ni idea de su edad, y dejé de contar los años hace mucho tiempo. Ella todavía va a la iglesia regularmente, y reza una oración por mí todos los días. Insiste todavía en que el Señor se me revelará, y yo siempre sonrío pero no contesto. Realmente no tengo nada que decir. Sin embargo, me gusta pensar en Georgia rezando por mí, y saco mi medalla de la Santísima Virgen y la miro de vez en cuando. Odiaría perderla, de alguna manera. Más allá de eso, ya no pienso en la religión con mucha frecuencia.

PARTE II

Resultó que el tema de la religión no era un tema cerrado, y se volvió a plantear de la manera más inesperada. En realidad, el primer episodio de una larga y sorprendente serie de acontecimientos tuvo lugar en un momento particularmente improbable. Había pasado del agnosticismo al ateísmo enfadado, habiendo llegado a un punto en el que la mera mención de la religión me irritaba. Estaba fuertemente equipada con armas "científicas", preparada e incluso deseosa de luchar contra las ideas incluso remotamente religiosas. También estaba enfadada con la gente. Parecían haber desarrollado una tendencia a la utilización y la falta de consideración en un grado que no había sospechado anteriormente. Me sentía cada vez más desposeída, poco valorada y resentida, y no tenía ni idea de que estaba bastante deprimida y ansiosa. Creía firmemente que por fin había superado la superstición, y finalmente estaba mirando las cosas con realismo.

Una fría tarde de invierno de 1938, mi esposo y yo fuimos a visitar a unos amigos que vivían a cierta distancia. Odiaba el transporte público y lo evitaba siempre que era posible. Fui una secreta tomadora de taxis durante años antes de casarme, pero generalmente me bajaba del taxi a una manzana más o menos de nuestro edificio porque mi padre desaprobaba enérgicamente los taxis, excepto en emergencias. Ahora ya no veía ninguna necesidad de tal comportamiento exculpatorio. Quería tomar un taxi esa noche, sobre todo porque empezaba a nevar. Mi esposo me recordó, para mi gran disgusto, que el viaje era largo y el metro estaba a sólo una manzana de distancia. Sin expresar más objeciones marché airadamente al metro, decidida a sufrir. Cuando llegamos a la plataforma del metro, un tren se estaba alejando y tuvimos que esperar unos veinte minutos para el siguiente. Me enfurecí más a medida que pasaban los minutos. Cuando finalmente llegó el siguiente tren estaba lleno, y tuvimos que permanecer de pie durante bastante tiempo antes de sentarnos sobre un radiador muy caliente. En cada estación, un vendaval helado soplaba mientras las puertas se abrían.

Estaba cada vez más convencida de que sufriría una neumonía, probablemente en ambos pulmones. Como un peligro adicional, la gente estaba tosiendo y estornudando a nuestro alrededor, y casi podía ver los gérmenes atacándonos. Me convencí de que la falta de consideración de mi marido probablemente tendría un desenlace fatal. Su feliz absorción en su periódico tampoco ayudaba en nada. Además de ser peligrosa, la situación me pareció completamente repugnante. El tren olía a ajo y cacahuetes, y la gente parecía sucia y miserable. Al otro lado del pasillo, un niño con las manos manchadas de chocolate le dio una palmadita en la cara a su madre y le dejó huellas digitales sucias en la mejilla. Junto a ella, otra madre se limpiaba el abrigo donde su bebé había vomitado. Un niño sentado en algunos asientos más atrás recogió un chicle del suelo y se lo puso en la boca. En el extremo lejano del tren, un grupo de ancianos discutían acaloradamente y sudaban desenfrenadamente. Cerré los ojos con asco, sintiéndome mal del estómago.

Y entonces ocurrió algo impresionante. Era como si una luz cegadora ardiera detrás de mis ojos y llenara mi mente por completo. Sin abrir los ojos, parecía ver una figura mía caminando directamente hacia la luz. Parecía saber exactamente lo que estaba haciendo. De hecho, era como si la situación le fuera completamente familiar. Por un momento se detuvo y se arrodilló, tocando el suelo con los codos, las muñecas y la frente en lo que parecía una expresión oriental de profunda reverencia. Entonces se levantó, caminó hacia un lado y se arrodilló de nuevo, esta vez descansando su cabeza como apoyada sobre una rodilla gigante. El contorno de un enorme brazo parecía que la rodeaba y desapareció. La luz se tornó aún más brillante, y sentí el amor más indescriptible e intenso fluyendo de ella hacia mí. Era tan poderoso que literalmente me quedé sin aliento y abrí los ojos.

Vi la luz un instante más, durante el cual me enamoré de todos en el tren con esa misma intensidad increíble. La luz se desvaneció y la vieja imagen de suciedad y fealdad volvió. El contraste fue verdaderamente impactante. Me llevó varios minutos recuperar una apariencia de serenidad. Entonces busqué con incertidumbre la mano de mi marido.

No sé cómo explicar esto, dije con voz temblorosa-, y me resulta muy difícil describirlo. Pero, bueno..." dudé un momento, y luego continué sin aliento," vi una gran luz, y de ella salían ondas de amor, y cuando abrí los ojos amé a todos. Todo se ha ido ahora, y no entiendo qué ha pasado".

Mi esposo, un lector omnívoro durante años, había hojeado a través de algún material sobre el misticismo una y otra vez, encontrando el tema de algún interés aunque difícilmente digno de investigación científica. No parecía sorprendido, y simplemente me dio unas palmaditas en el hombro.

"No te preocupes", dijo tranquilizadamente, recogiendo su periódico. "Es una experiencia mística muy común. No lo pienses más".

Intenté seguir su consejo y lo conseguí parcialmente. El episodio no encajaba en mi vida consciente, que permaneció inalterable durante mucho tiempo. Sin embargo, la experiencia quedó suspendida en un pequeño rincón de mi mente, aunque no lo pensé seriamente durante años. Fue aún antes de que ocurriera algo similar. Mientras tanto, continué mis estudios con mi ateísmo inamovible.

Una nueva carrera y Bill Thetford

Tuve suerte como estudiante y más tarde como psicóloga principiante. Todo tipo de oportunidades aparecieron sin buscarlas. Inmediatamente después de la graduación, una propuesta de beca basada en mi tesis doctoral fue presentada por la universidad y aprobada para su financiación. El proyecto resultó bien,

y el jefe del departamento me ofreció una tarea de docencia y me sugirió que presentara propuestas adicionales. Esta vez mi suerte parecía cambiar. Tenía la visión de dirigir un departamento de investigación grande y en crecimiento, y estaba muy ansiosa de que las propuestas fueran aprobadas. El día en que se consideraban, yo estaba fuera de mí y salí a caminar porque literalmente no podía quedarme sentada. Para mi propia sorpresa me encontré en una iglesia católica, y para mi sorpresa aún mayor encendí una vela y dije una oración. Quizás sentí que le daría a Dios otra oportunidad. Sin embargo, no estaba dispuesta a darle ninguna opción en cuanto al resultado. Quería que se financiaran esas propuestas y eso era todo. Antes de que terminara de hacer mi petición sabía cuál sería el resultado. El departamento en el que estaba era el lugar equivocado para mí, y no debía quedarme allí. Esto era totalmente inaceptable para mí, y salí de la iglesia enfadada. Esa noche supe que las propuestas habían sido rechazadas. El año era 1958.

Después de eso no hice nada durante varias semanas, y me deprimí cada vez más. Me sentía miserable sin un trabajo, pero no hice nada para encontrar uno. En realidad, había hecho excelentes conexiones y no era probable que tuviera que hacer más que llamar a uno o dos amigos. Finalmente reconocí la sinrazón de mi posición, y me puse a llamar. Había estado trabajando en un área altamente especializada, y en la que se necesitaba mucha gente con formación y experiencia. La primera persona a la que llamé inmediatamente me dio una lista de pistas prometedoras. Estaba a punto de tratar de encontrar el nombre de pila que mi amigo me había sugerido cuando me devolvió la llamada.

"Olvídate de la lista que te di", dijo enfáticamente. "¿Conoces a Bill Thetford?"

"Nunca lo he oído nombrar", contesté.

"Llámallo ahora mismo", continuó mi amigo. "Es el director del programa de psicología del hospital Presbiteriano. Aquí está su número. Y cuando lo tengas, asegúrate de decirle que dije que te está buscando".

No quería trabajar en un entorno médico, y lo poco que mi amigo me había dicho sobre el trabajo no era muy atractivo. Sin embargo, en vista de su sentido de urgencia, hice que el Dr. Thetford fuera mi primera llamada. Cuando entré en su oficina unos días después, hice el primero de una serie de comentarios silenciosos que no entendí.

"Y allí está él", me dije a mí misma. "Se supone que él es a quien debo ayudar."

Después de que Bill y yo nos conociéramos mucho mejor, iba a hacer un comentario bastante similar. Fue otro de esos momentos extraños, sin relación alguna, que de alguna manera pareció irrumpir en mi conciencia sin ninguna conexión con mi vida en curso. Durante un breve intervalo parecía estar en otra parte, diciendo como si respondiera a una llamada silenciosa pero urgente: "Por supuesto que iré, Padre. Está atascado y necesita ayuda. ¡Además, será por tan poco tiempo!" La situación tenía algo de la naturaleza de un recuerdo olvidado hace mucho tiempo, y yo era consciente de que estaba en un lugar muy feliz. No tenía ni idea de a quién me dirigía, pero estaba segura de que estaba haciendo algún tipo de compromiso definitivo que no iba a romper. Sin embargo, el comentario que hice significó tan poco para mí como el anterior en la oficina de Bill cuando nos reunimos por primera vez.

Cuando el Dr. Thetford describió el trabajo durante esa primera entrevista, era obvio que no era gran cosa. El puesto estaba asociado a un gran proyecto de investigación que requería un psicólogo en el equipo. El trabajo sólo estaba tangencialmente relacionado con mis intereses y experiencia principales, y ni el salario ni el título eran impresionantes. Después, cuando varios amigos me preguntaron por qué demonios acepté el trabajo, expuse los mismos argumentos que le di a mi esposo cuando hablamos

después de la entrevista. El hospital era una institución de prestigio; podía tomarme el tiempo que necesitaba para una consultoría que me habían ofrecido; y me habían dicho que los fondos estarían disponibles para proyectos especiales que podría iniciar. Sin embargo, a la vista de sucesos posteriores, parece probable que no tuviera muchas opciones en la materia. Ahí es donde se suponía que debía estar.



El trabajo fue horrible al principio. El hospital no proporcionaba espacio para el proyecto, y se fue haciendo cada vez más evidente que el "escalón superior" lo consideraba más como un pasivo que como un activo. Cuando el proyecto finalmente se alojó en un apartamento cercano, me establecí en la situación más aburrida y difícil de mi vida profesional. El trabajo era más que rutinario; en realidad era opresivo. Además, se realizaba en un ambiente de desconfianza y competitividad al que no había estado anteriormente sometida. A medida que conocí mejor a Bill, aprendí también que había serias dificultades en el departamento de psicología, donde los fondos y la armonía interpersonal eran extremadamente escasos. Al igual que yo, Bill había llegado al hospital un poco para su propia sorpresa. En una reunión profesional se había encontrado con un colega que apenas conocía y que había insistido en venir al hospital para dirigir un nuevo departamento de psicología allí. En ese momento, Bill tenía una posición en otro lugar que le gustaba bastante y no estaba considerando hacer un cambio. Sin embargo, se le presionó lo suficiente para obligarle a decir que pensaría en ello. Bajo una presión continua, aceptó visitar el hospital, ya que era difícil negarse a hacerlo. En gran parte para terminar el asunto, dijo que aceptaría la posición si se le daba un título prestigioso que no creía que podría conseguir. Entonces se olvidó de todo. Seis meses más tarde fue instalado en su nuevo trabajo, título y todo.

Cuando llegué al hospital cerca de un año después, había pocas dudas de que Bill necesitaba ayuda. Parecía demacrado y necesitaba a alguien con quien hablar. Poco a poco me contó sobre los muchos problemas con los que se había enfrentado desde que llegó al hospital. No había habido un verdadero departamento de psicología antes de su llegada. Varios psicólogos trabajaban de forma independiente en todo el hospital, algunos de los cuales ni siquiera se conocían. De hecho, una parte importante, aunque no especificada previamente, del trabajo de Bill había sido organizar y administrar una unidad departamental cohesionada. Era una tarea difícil. Cuando llegué, el departamento recientemente establecido estaba dividido en facciones, y asediado por rivalidades políticas y amargos resentimientos. Además de las obvias hostilidades, también había una curiosa apatía hacia el departamento. Bill parecía ser la única persona que realmente se preocupaba por eso. Como me dijo un día: "haría cualquier cosa por el departamento", y era evidente que lo decía en serio. Esa fue la primera nota de verdadera devoción que escuchaba desde que llegué, y provocó una respuesta inmediata. Bill y yo llegamos a un acuerdo para resolver juntos los problemas departamentales.

Nuestros intentos fueron abrumadores al principio, aunque ninguno de nosotros consideraba seriamente renunciar a nuestro compromiso. Mis esfuerzos iniciales se concentraron en redactar frenéticamente las propuestas de subvenciones contra los plazos de entrega, en un intento desesperado por obtener fondos que se necesitaban con urgencia. Era un trabajo agotador para Bill y para mí, y un callejón sin salida también. Se nos dio ánimo y promesas de apoyo, pero nada se materializó realmente. Además de los repetidos desalientos de este tipo, hubo otra fuente de tensión que ambos encontramos aún más difícil de manejar. Bill y yo éramos un equipo poco probable, y a pesar de nuestro objetivo común, nos sacábamos mutuamente de nuestras casillas durante buena parte del tiempo.

Bill es trece años más joven que yo, y más de un pie más alto. Es callado, habla suave, y tiene tendencia a ser un poco retraído. Había vivido una vida bastante difícil, y cuando lo conocí estaba en un punto bajo de su situación personal y profesional. En ese momento era bastante vulnerable a la ansiedad, estaba deprimido y bastante pasivo. Sin embargo, mantuvo una chispa persistente de optimismo intrínseco, y una creencia encubierta de que había una salida real y de alguna manera lograría encontrarla. En contraste, yo estaba muy ansiosa hasta el punto de la perturbación, propensa a estar angustiada, y trabajaba con una intensidad que Bill encontraba alarmante. Intenté mantener una fachada de alegría y certidumbre, pero el pesimismo y la inseguridad que había debajo estaban muy cerca de la superficie. También abordábamos los problemas interpersonales de diferentes maneras. Bill era propenso a replegarse cuando percibía una situación como exigente o coercitiva, cosa que hacía con frecuencia. Rara vez atacaba abiertamente cuando estaba enojado o irritado, sin embargo, era mucho más probable que se volviera cada vez más distante e insensible. Yo, por otro lado, tendí a involucrarme demasiado y luego me sentí desesperadamente atrapada y resentida. Mi sentido de la imposición, que había crecido durante años, se había hecho bastante grande.

Durante los primeros años de nuestro proyecto profesional conjunto Bill y yo trabajamos duro, pero hubo poco progreso. Por el contrario, los contratistas se apoderaron de nosotros desde las direcciones más inesperadas. La división política continuó y la fricción interpersonal aumentó, incluso más. Los fondos se recortaron aún más y la rotación de personal fue enorme. A lo largo del camino, Bill y yo nos habíamos convertido en consultores para un proyecto de investigación en un centro médico cercano, donde pasábamos una hora a la semana. Lo odiábamos. Las diversas especialidades que trabajaban en el proyecto se peleaban constantemente y se volvían cada vez más agresivas y competitivas. Nuestras reuniones semanales no eran un alivio de nuestro propio entorno profesional demasiado similar. Mientras tanto, la relación entre Bill y yo se deterioraba constantemente. Aunque nos habíamos vuelto interdependientes, también habíamos desarrollado una cólera considerable entre nosotros, y nuestros intentos genuinos de cooperar fueron contrarrestados por nuestros crecientes resentimientos. Empezamos a trabajar mucho menos, experimentando una fatiga mucho mayor.



Bill y Helen en 1960

El punto de inflexión y una serie de visiones

Cada noche repasaba una larga lista de resentimientos en casa, y no tengo ninguna duda de que Bill hacía lo mismo. Cada vez se hizo más evidente que lo mejor para mí era irme. Sin embargo, Bill y yo parecíamos atrapados en una relación de la que, aunque la odiábamos de muchas maneras, no podíamos escapar. Ese cambio llegó de forma inesperada. Comenzó una tarde, antes de que Bill y yo nos fuéramos a una reunión semanal de investigación. Tenía algo en mente, eso era evidente, pero le costaba mucho plantearlo. De hecho, intentó sin éxito varias veces comenzar. Finalmente, respiró hondo, se puso un poco rojo y pronunció un discurso. Fue difícil para él, me dijo después, porque las palabras sonaban triviales y sentimentales mientras las decía. Tampoco esperaba una respuesta particularmente favorable de mi parte. Sin embargo, él se limitó a decir lo que sentía que debía expresarse. Había estado pensando las cosas, y

había concluido que estábamos usando el enfoque equivocado. Nuestras actitudes se habían vuelto tan negativas que no podíamos resolver nada. Por lo tanto, había decidido ver las cosas de manera diferente.

Bill propuso, muy específicamente, probar un nuevo enfoque ese día en la reunión de investigadores. No iba a enfadarse y estaba decidido a no atacar. Iba a buscar un lado constructivo en lo que la gente decía y hacía, y no iba a enfocarse en los errores y señalar los problemas. Iba a cooperar en vez de competir. Era hora de tomar una nueva dirección. Obviamente nos habíamos equivocado de camino. Fue un discurso largo para Bill, y hablaba con énfasis no acostumbrado mientras lo hacía. Cuando terminó esperó mi respuesta en evidente incomodidad. Cualquiera que fuera la reacción que esperara, no fue la que recibió. Me levanté, le respondí a Bill con auténtica convicción de que tenía razón, y le dije que intentaría el nuevo enfoque con él.

Ninguno de los dos nos fue muy bien en la reunión de esa tarde, aunque ambos lo intentamos.



Helen

Tampoco puedo decir sinceramente que hayamos tenido mucho éxito aún. Sin embargo, puedo decir que tampoco hemos fracasado del todo. Desde entonces han ocurrido muchas cosas inesperadas. A nivel objetivo, todo el clima del departamento cambió gradualmente. Bill trabajó particularmente duro en los problemas departamentales, decidido a convertir las hostilidades en amistades. Al principio, esto le costó un esfuerzo considerable, pero finalmente tuvo éxito. Las tensiones disminuyeron y los antagonismos se disiparon. La gente equivocada se fue, aunque en condiciones amistosas, y las correctas llegaron casi inmediatamente. Un puesto seguro e interesante se abrió para mí. Aunque nuestros esfuerzos fueron incoherentes y a menudo poco sinceros, no cabe duda de que mostraron resultados. El departamento se convirtió en un departamento funcional, relajado y eficiente.

Mientras tanto, me sentí impulsada a retomar amistades anteriores que habían sido interrumpidas por una u otra razón. En algunos casos esto era muy difícil, especialmente cuando la ruptura había sido violenta y me sentía injustamente tratada en el proceso. En un caso dudé durante más de un año. Sin embargo, reconocía vagamente que estas medidas reparadoras formaban parte de un período de preparación obligatorio. A medida que la situación departamental mejoraba, Bill se centró en enderezar sus relaciones sociales también. Ambos sentíamos que esto era crucial. En su mayor parte, lo hicimos bien con estos intentos. Tuvimos mayores dificultades con nuestra propia relación. Tratamos de ser benévolo y comprensivos entre nosotros, ya que nos habíamos embarcado en un nuevo enfoque que obviamente debía extenderse a nosotros mismos. Sin embargo, aunque hicimos algunas mejoras, aún sufríamos brotes de antagonismo mutuo, a veces por razones que luego se reconocían triviales y a veces sin ninguna causa aparente. Ambos nos dimos cuenta de que se trataba de un serio obstáculo para la cooperación, que tendríamos que superar.

Fue mientras tratábamos seriamente de enderezar las cosas entre nosotros que otra clase de experiencia comenzó. Tal vez estos acontecimientos parecerán más plausibles si se presentan con la mención de un rasgo tan característico de mi propia experiencia que no se me ocurrió durante años que pudiera no ser universal. Desde que puedo recordar, a menudo veía imágenes mentales muy claras cuando cerraba los ojos. Las escenas podían ser cualquier cosa: una mujer con un perro, árboles bajo la lluvia, un escaparate lleno de zapatos, una tarta de cumpleaños con velas encendidas, una escalinata bajando por un

acantilado. A veces reconocía una parte de la imagen relacionada con cosas que había visto, pero incluso en esos casos había detalles que no habían estado allí. La mayoría de las escenas no parecían estar asociadas a nada.

Mientras que las imágenes mentales eran particularmente nítidas justo antes de que me quedara dormida, descubrí que podía ser consciente de ellas incluso cuando mis ojos estaban abiertos, y en prácticamente cualquier momento. No interrumpían ni molestaban de ninguna manera mis actividades públicas. Era simplemente como si hubiera una actividad mental constante en el fondo que podía ser llevada más al primer plano si elegía observarla. Durante años, las imágenes mentales habían estado inmóviles y generalmente en blanco y negro, apareciendo como una serie de "fotogramas" no relacionados entre sí, pero a medida que la "aventura en la cooperación" continuaba, las imágenes comenzaron a tomar color y movimiento, y poco después aparecieron en secuencias significativas. Así, también lo hicieron mis sueños, que a menudo continuaban con un tema que comenzaba antes de que me quedara dormida.

Bill y yo tomamos la decisión conjunta de cambiar nuestras actitudes en junio de 1965. Entre entonces y mediados de octubre, cuando comenzó la composición del "*Curso*", tres líneas secuenciales más o menos distintas de imágenes de fantasías y sueños alcanzaron mi conciencia consternada. Continuaron hasta bien entrada la fase de redacción y se solaparon hasta cierto punto. Sin embargo, en aras de la claridad, los describiré por separado. No tengo ni idea de si eran representaciones simbólicas, muy parecidas a imágenes de ensueño, o si de alguna manera estaban relacionadas con hechos reales. Las miraba como si estuviera viendo una película de cine, y me sentía más como público que como participante, incluso mientras contemplaba una figura que sabía que era yo misma.

La serie de visiones

Primera Serie de Visiones

La primera de las tres series se presentó con una imagen de una figura femenina no reconocida, muy cubierta y arrodillada con la cabeza inclinada, pesadas cadenas enrolladas alrededor de sus muñecas y tobillos. Junto a ella, un fuego se elevaba por encima de su cabeza, proveniente de un gran brasero metálico que estaba de pie junto a ella en un trípode bajo. Parecía ser una especie de sacerdotisa, y el fuego parecía estar asociado a un antiguo rito religioso. Esta figura se repitió casi a diario durante varias semanas, aunque cada vez con cambios notables. Las cadenas comenzaron a caerse y ella comenzó a levantar la cabeza. Lentamente se levantó, con una cadena corta y desenganchada atada a la muñeca izquierda. El fuego ardía con un brillo no acostumbrado mientras ella se levantaba. No estaba preparada para la intensidad de mis reacciones emocionales hacia ella, y no las entendía en absoluto.

La primera vez que la sacerdotisa levantó los ojos y me miró, sentí un terrible temor. Estaba segura de que su expresión estaría llena de ira y sus ojos llenos de condenación y desprecio. Mantuve la cabeza girada las siguientes veces que se presentó, pero finalmente decidí mirar directamente a su cara. Cuando lo hice, estallé en lágrimas. Su rostro era suave y lleno de compasión, y sus ojos estaban más allá de toda descripción. La mejor palabra que pude encontrar al describirla a Bill fue "inocente". Ella nunca había visto lo que yo temía que encontrara en mí. No sabía de nada que justificara su condena. La amaba tanto

que literalmente me arrodillé delante de ella. Entonces traté infructuosamente de unirme a ella mientras estaba frente a mí, ya sea poniéndome a su lado o acercándola a el mío.

Mis siguientes reacciones fueron aún más extrañas. De repente, me dejé arrastrar por una sensación de alegría tan intensa que apenas podía respirar. La respuesta, silenciosa pero perfectamente clara, fue: "¡Por supuesto!" No habría creído que era posible experimentar tal felicidad como esa respuesta que se me había dado y por un momento seguí repitiendo: "¡Qué maravilloso! Parecía que no había duda de que había una parte de mí que no conocía, pero que entendía exactamente lo que significaba todo esto. Era una toma de conciencia extrañamente dividida, de un tipo con el que me iba a familiarizar mucho más tarde.

Segunda Serie de Visiones

La segunda serie de imágenes, que como la primera me llegó a veces en breves vislumbres, más bien como ensueños, y a veces en sueños mientras dormía, incluía tanto a Bill como a mí misma. Aparecíamos en diferentes relaciones, pero la cronología real era bastante confusa. Situaciones que parecían muy antiguas a menudo se sucedían después de situaciones casi contemporáneas. En la primera imagen de esta serie me vi en un bote remando frenéticamente pero sin llegar a ninguna parte. Mirando a mi alrededor, identifiqué el lugar como Venecia y el barquito como una góndola. Cerca había un hombre alto y delgado, bastante parecido a Bill, apoyado contra un poste de madera a rayas que sobresalía del agua. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y me miraba con fingida seriedad. Cada vez estaba más segura de que era Bill, vestido como un gondolero pero con brillantes lentejuelas esparcidas por todo el traje. No se movió ni habló. Entonces noté que la góndola estaba atada a un muelle con una cuerda pesada. Era una situación tonta; yo había estado trabajando duro ante lo imposible. Bill no ofrecía ayuda, pero su sonrisa no era desagradable.

Los próximos eventos de esta serie son bastante vagos. Bill se presentó una vez como torero en un traje espectacular, dorado de pies a cabeza. Había una tenue percepción de una arena al fondo, pero eso no estaba claro. Su siguiente aparición fue como hechicero, con plumas alrededor de los tobillos y las muñecas, vestido con una falda de paja y un imponente tocado de plumas brillantes y joyas relucientes. Yo llevaba un vestido muy sencillo. Ambos éramos negros, y estábamos en un claro en una espesa selva. Parecía que venía a pedirle ayuda a Bill, y él respondía a mi súplica con una danza extraña, acompañada de gritos fuertes en un idioma que no entendía. Al principio me sentí reconfortada. Entonces me asusté y le rogué que se detuviera. No parecía oírme a través del sonido de los golpes de instrumentos de madera tosca que sostenía y del golpeteo cada vez más fuerte de tambores de fondo. Me alejé aterrada, llevando mis manos sobre mis oídos en un frenético esfuerzo por callar los sonidos. No miré atrás.

El siguiente episodio que involucraba a Bill y a mí parecía una historia dentro de una historia. Un tema en varias fases se fue extendiendo durante bastante tiempo antes de llegar a su sombría conclusión. Yo era sacerdotisa en lo que parecía un templo egipcio, aunque tengo la impresión de que podría ser aún más antiguo. Enormes estatuas de piedra se perfilaban vagamente a lo largo de los lados y en la parte posterior del edificio, pero no podía distinguirlas con claridad porque el interior estaba muy poco iluminado. Sin embargo, incluso en la penumbra, me di cuenta de que el templo era muy grande y sumamente imponente. El altar, la única parte del edificio iluminada, era particularmente espléndido. Una luz ardiente lo iluminaba desde una fuente que no pude identificar. Magníficas joyas brillaban a su alrededor, y sus pulidas y lisas superficies de pedrería reflejaban la luz como espejos. Como sacerdotisa

mayor, yo estaba sofisticadamente vestida, y con una corona fuertemente incrustada de la que faltaba la gran gema central.

En el primer episodio de la serie me encontraba en el altar apoyada sobre Bill, que estaba tumbado en el suelo casi desnudo. El palo de una lanza estaba en mis manos, con la punta apoyada en la frente de Bill entre los ojos. Luego vino una larga serie de retrospectivas de lo que había llevado a esta escena inicial. Había habido un levantamiento de esclavos. Estaba a punto de matar a Bill, el líder de la revuelta, que había conseguido robar el gran rubí central de la corona de la sacerdotisa. No era un rubí ordinario. Le otorgaba a su portador poderes mágicos. El ladrón tenía que ser asesinado para que estos poderes regresaran a la sacerdotisa, cuya religión era el poder y la esclavitud. Rebelarse contra ella era como pedir la muerte.

Lo que pasó después estaba totalmente fuera de lugar. Yo era consciente de los sentimientos de intensa rabia y venganza mientras me preparaba para forzar la punta de la lanza entre los ojos de Bill. Él no parecía particularmente asustado. Simplemente me miró y esperó. Me preparé, dispuesta a bajar la lanza. De forma totalmente inesperada dudé un instante y supe que todo había terminado para mí. Bill viviría y yo moriría. Cuando arrojé la lanza, mi muerte era segura. En el último episodio de la serie me encontraba de pie sola en el escalón superior de una amplia escalera frente a una enorme puerta con cerrojo. Estaba fuera del templo. Mi corona y mi vestido dorado habían desaparecido. Llevaba un vestido blanco suelto, manchado a los lados y rasgado en el cuello. Delante de mí no había nada más que desierto. El viento soplaba arena caliente contra mi cara, y podía ver huesos decolorados esparcidos a lo lejos. El mío pronto estaría entre ellos. Me maldije amargamente por permitir que esto pasara. La ira literalmente me sacudió mientras caminaba despacio por la escalera, mientras la sed me devoraba la garganta y olía a muerte en el viento.

El efecto emocional de este último episodio fue intenso y duradero. Todavía sentía la ira después de que las imágenes se desvanecieron, y más tarde se convirtió en una furia desbordante cuando le conté a Bill la historia al día siguiente, particularmente cuando hablé del robo del rubí. Era como si estuviera sucediendo de nuevo. Una imagen del rubí, de un rojo hermoso y resplandeciente, se presentó ante mis ojos, y durante un breve período la escena se hizo realidad para mí. Nuevamente me reproché por morir por un esclavo rebelde que no era más que un vulgar ladrón. Apenas podía contener mi furia con Bill, que estaba lógicamente molesto. Yo también lo estaba. La intensidad de mi ira nos sorprendió a ambos. Pasó un tiempo antes de que aparecieran los siguientes episodios de la serie. Era casi como si tuviera que recuperarme un poco antes de seguir adelante. Afortunadamente, la próxima entrega fue diferente, aunque tampoco resultó muy bien para mí.

Bill, un monje franciscano vestido con una túnica marrón y sandalias, subía y bajaba por un pasillo abovedado de un monasterio que bordeaba un pequeño pasto verde bien cuidado, leyendo un libro. Había una hermosa fuente en el medio, con pájaros bañándose en la pila y filas de flores brillantes alrededor de su base y esparcidas en parches sobre la hierba. La época era incierta, pero el monasterio parecía estar en España. Caminaba lentamente por el pasillo hacia Bill, vestido de negro. Mi rostro estaba muy cubierto de velos, mis ojos estaban hundidos, y mis manos apretadas como en oración. Cuando llegué a Bill me arrodillé como penitente, y humildemente le pedí perdón. No levantó la vista. La ira se apoderó de mí, y me levanté y lo acusé de no tener corazón. No parecía que me escuchara, simplemente continuaba leyendo serenamente. Sus ojos no se apartaron del libro. Me eché atrás con una frustración furiosa pero indefensa. La imagen se desvaneció lenta e inconclusa.

La escena siguiente, por orden de aparición, parecía ser tan antigua que parecía como si se estuviera produciendo al principio de los tiempos. Era sacerdotisa otra vez, pero esta vez de un tipo muy

diferente. Esta sacerdotisa era, de hecho, muy parecida a la que tenía ojos inocentes y había visto salir de las pesadas cadenas hacia la libertad. Estaba escondida del mundo en un pequeño templo de mármol blanco situado en un valle ancho y muy verde. No estaba muy segura de que su cuerpo fuera completamente sólido. En realidad, lo que se veía era poco más que un contorno de una pequeña y delgada mujer vestida de blanco, que nunca se adentraba en el mundo que la puerta de la pequeña habitación que contenía un altar de madera. Una pequeña llama ardía sobre ella, enviando una columna estable de humo blanco. La sacerdotisa se quedó cerca del altar, sentada en un taburete de madera y rezando con los ojos cerrados por los que venían a pedir ayuda.

A veces sólo veía el valle fuera del templo. A veces parecía que no había nadie allí, pero otras veces había una enorme columna de gente marchando juntos con mucha alegría. La columna parecía extenderse interminablemente en ambas direcciones, y de alguna manera podía sentir la profunda sensación de libertad y unidad que cada individuo estaba experimentando mientras avanzaba hacia una victoria segura. No estaba segura del papel exacto de la sacerdotisa en ayudarlos a todos, pero de alguna manera estaba convencida de que sus oraciones hacían una contribución vital. También estaba segura de que la gente acudía a ella en busca de ayuda de todas partes; de hecho, algunas personas venían de muy lejos. Sin embargo, no le hablaban directamente. Se arrodillaban en la cornisa que corría alrededor de un muro bajo que separaba las partes interiores y exteriores del templo, y declaraban sus necesidades a un hombre que parecía servir de intermediario entre la sacerdotisa y el mundo. Permanecía en un espacio grande y cerrado que separaba a la sacerdotisa de los que venían en busca de ayuda. El hombre le comunicaba sus necesidades.



Helen y Bill en Egipto

No vi la cara del hombre por un rato, y me llevó más tiempo reconocerlo como Bill. Desempeñaba un papel crucial para que la sacerdotisa pudiera cumplir su función. Cuando la gente le decía lo que necesitaban, él se dirigía a la puerta de su habitación y simplemente le decía que había habido una petición de ayuda. Sólo decía que un hermano había venido a curarse, y luego pedía ayuda en nombre del hermano. La sacerdotisa nunca preguntaba por el nombre de nadie, ni por los detalles de su petición. Ella oraba por todos de la misma manera, sentada muy tranquilamente al lado de la llama en el altar. Nunca se le ocurría que la ayuda no le fuera concedida. Ella nunca se apartaba del lado de Dios, y permanecía tranquilamente segura de Su presencia allí en la habitación con ella. Estaba seguro de que ella era yo misma, pero no estaba muy segura. Lo cierto es que la miraba con gran amor.

El siguiente episodio representó de nuevo un contraste dramático. Bill y yo éramos esclavos en lo que parecía ser la América de mediados del siglo XIX. Estábamos casados, pero yo lo despreciaba bastante. Era más viejo que yo, mucho más oscuro en el color de la piel, y muy religioso en lo que me parecía una manera muy sencilla de pensar. No veía ninguna justificación para la confianza infantil que tenía en Dios. Tenía una confianza igualmente ingenua en mí, y por esto sabía que no había ninguna razón. La historia real es vaga, pero me di cuenta de que ciertas cosas concretas estaban sucediendo. Era hermosa, casi blanca en apariencia, y completamente amoral. A los blancos les gustaba, y yo negociaba favores con bastante facilidad. De alguna manera hice un trato por el cual obtuve mi libertad, pero de alguna manera a expensas de Bill. No le oculté mis planes. De hecho, tuve el placer de contarle todo sobre ellos. Él no me condenó, ni intentó interferir. Le di la espalda y salí volando. Pero recuerdo la tristeza en sus ojos.

La serie terminó con una nota de logro final e incluso gloria. Estaba de pie en una habitación que parecía estar en el último piso de un edificio de una iglesia. Bill, sentado en un órgano eclesiástico grande

y anticuado, tocaba el "Coro de Aleluya" de Handel con su rostro iluminado de alegría. Finalmente habíamos alcanzado nuestra meta. Estaba ante un altar de madera marrón, en el que había dos palabras escritas una debajo de la otra. No puedo imaginarme un par de palabras menos apropiado. La palabra superior era "Elohim," que yo no reconocí en ese momento, y sólo más tarde descubrí que es uno de los nombres hebreos para Dios. La otra palabra "Evoe" la reconocí como el grito de las bacantes griegas al celebrar los ritos de Baco. Mientras miraba, una serie de relámpagos desde la parte posterior de la iglesia alcanzó el altar y borró la segunda palabra por completo. Sólo quedaba "Elohim", escrito en brillantes letras doradas. El Coro de Aleluya se levantó a un crescendo, y una figura delineada en una luz brillante que reconocí inmediatamente cuando Jesús se levantó de detrás del altar y vino hacia mí. Empecé a arrodillarme delante de él, pero él se acercó a mi lado y se arrodilló junto a mí en el altar. Bill se levantó y se arrodilló al otro lado. Y entonces una Voz, con la que me iba a familiarizar cada vez más, dijo en palabras silenciosas pero perfectamente claras: "Ese altar está dentro de ti".

Tercera Serie de Visiones

La tercera serie de imágenes, que me fue planteada de la misma manera que las otras, duró más tiempo y tuvo una progresión muy definida. A lo largo de esta serie aparecía una figura masculina de identidad incierta, aparentemente para ayudar de vez en cuando. Generalmente no lo reconocía en absoluto. A veces pensaba que podría ser Bill. En otras ocasiones sospechaba vagamente que podría ser Jesús. Esta serie comenzó de la misma manera que la anterior, y a un nivel algo menos obvio que la primera. Paseando a lo largo de la orilla de un lago, me encontré con una barca abandonada que yacía de costado. Se sujetaba con gruesas cuerdas atadas a una pesada ancla hundida en el lodo que también cubría parte del barco. El bote obviamente había sido abandonado hace años.

Sabía que no podía soltar el bote sin ayuda, pero me sentí impulsada a intentarlo. Tiré inútilmente de las cuerdas, que eran tan pesadas que apenas podía levantarlas. Además, el barro era bastante resbaladizo y no dejaba de caerme. Pedí ayuda, pero no había nadie que me oyera. El lugar estaba completamente desierto. Era una situación frustrante. Me daba cuenta de la importancia de liberar el barco, pero también era consciente de mi total incapacidad para hacerlo. Y entonces me llegó la respuesta. Lo había estado haciendo mal.

"Por supuesto", me dije a mí misma. "Dentro del barco hay un poderoso equipo de recepción y transmisión. No se ha usado en mucho tiempo, pero todavía funciona. Y esa es la única manera de conseguir ayuda".

En este punto, el primer episodio terminó.

A continuación ocurrieron varias cosas poco claras. Un hombre apareció de algún lugar, y juntos logramos sacar el ancla del lodo, poner el barco recto y finalmente meterlo en el agua. Entonces comenzó a moverse, aunque el ancla aún se arrastraba un poco al principio. Sin embargo, el barco ganó impulso al cabo de un tiempo y parecía que se estaba moviendo en un rumbo muy definido. No tenía ni idea de adónde iba, pero aparentemente no necesitaba saberlo. Parecía que el hombre, que de repente noté que estaba conmigo, sabía, y eso era suficiente.

Cuando el barco se puso en camino, el agua se puso muy agitada y empecé a tener miedo. Afortunadamente, el hombre apareció en el siguiente episodio vestido para la ocasión; con un impermeable amarillo, gorro y botas. Yo estaba dirigiéndolo con incertidumbre cuando llegó. Me quitó el timón.

"Ve allá y siéntate", dijo en tono firme pero no hostil. "Va a hacer mal tiempo. Te ayudaré a superar esto, y luego podrás gobernar de nuevo".

Me senté en un banco al costado de la cubierta, pero todavía estaba un poco inquieta.

"Quizá debiéramos pedir más ayuda", sugerí tímidamente. "Creo que hay un muy buen sistema de recepción y transmisión dentro de este barco. Tal vez deberíamos usar eso."

"Aléjate de eso ahora", dijo el hombre, rápido y con mayor firmeza. "No estás preparada. Te meterías en problemas. Cuando estés lista para usarlo te lo diré. Mientras tanto, no te preocupes. Lo lograremos".

Observé, tranquilizada, mientras él llevaba con gran habilidad el barco a través de un estrecho pasaje con una tormenta a nuestro alrededor. Grandes olas se alzaban sobre la proa del barco, y la lluvia caía de un cielo negro. Curiosamente, ni siquiera me mojé. Poco a poco el barco fue entrando en aguas tranquilas y me encontré de nuevo con el volante en mis propias manos.

El hombre apareció al lado del barco, cómodamente vestido con pantalones cortos y una camiseta de verano de cuello abierto. El clima era cálido y soleado, el agua suave y el barco fácil de navegar. Estábamos al timón y charlando. Noté que llevaba una cadena de oro alrededor del cuello, con un símbolo de oro desconocido colgado de ella. Pensé que podría ser una letra hebrea. Entonces recordé algo.

"Tengo uno así", dije, mirando el símbolo. "De hecho, lo estoy usando ahora mismo."

"En efecto, lo sé", contestó el hombre, sonriendo.

"Lo único es que", añadí, "el mío va para el otro lado".

"Eso también lo sé", dijo el hombre, aún sonriendo. "De hecho, este también es tuyo. Te lo guardaré por un poco más, pero prometo dártelo cuando puedas usarlo".

Los dos símbolos, imágenes espejo de cada uno, eran tan claros en mi mente que luego los copié. Algún tiempo después me encontré con un amigo que era un erudito hebreo, y le pregunté si los reconocía. Al principio estaba desconcertado y luego dijo: "¡Por supuesto! El símbolo del milagro de la inversión ", me tuvo que explicar lo que quería decir. Cuando Moisés bajó del monte donde había hablado con Dios, llevó un pergamino en el que estaban escritas las palabras de Dios. El milagro era que las palabras podían ser leídas correctamente desde cualquier lado del pergamino, lo que obviamente no era posible por medios ordinarios. Mi reacción a esta información fue extrañamente contradictoria. Por un lado, estaba encantada y también impresionada. Por otro lado, tenía miedo. Todavía me resultaba difícil creer que los sueños y las fantasías fueran, más que tentativas, irreales de satisfacer mis deseos, y yo era extrañamente capaz de descartar mucho de lo que ya había visto y oído. Esto, sin embargo, era difícil de pasar por alto tan despreocupadamente.



Dr. William Thetford y Dra. Helen Schucman

Tal vez fue mi incomodidad lo que detuvo la serie durante algún tiempo. Cuando ocurrió el siguiente episodio llegó en forma de sueño. A la manera de los sueños habituales, el barco se había convertido en un coche. Estaba cruzando un puente en un tráfico muy intenso. Quería girar a la derecha,

pero estaba en el carril equivocado y otro coche bloqueaba mi camino. Los dos estábamos atascados, con coches delante y detrás. Toda la situación parecía ser un gran embotellamiento. Parecía que no había forma de que pudiera dar la vuelta, aunque era esencial que lo hiciera. "Si intento girar, me estrellaré contra el coche que está a mi lado", pensé, "y si él gira a la derecha, no tendré tiempo de seguirlo antes de que se cierre la abertura y vuelva a meterme en ella". Y entonces la solución vino a mí.

"Lo haremos juntos", pensé felizmente. "No será ningún problema."

Así que di la vuelta con el hombre del coche de al lado. Fue muy fácil. "Es curioso que nunca se me hubiera ocurrido antes", me dije a mí misma mientras la imagen se desvanecía.

La próxima vez que volví a estar en el barco, me di cuenta de que había girado a la derecha. El barco se movía lenta pero fácilmente por un estrecho canal muy recto. Había suficiente brisa para hacer que el barco avanzara. Los lados del canal estaban bordeados de árboles y verdes praderas bordeadas de flores. "Me pregunto si aquí hay un tesoro enterrado", pensé, fantaseando. "No me sorprendería que lo hubiera". Entonces noté un palo largo con un gancho grande en el extremo, tirado en la parte inferior de la tarima. "Justo lo que pensé", me dije tirando el gancho al agua y llevando el palo hacia abajo lo más lejos que pude. El garfio cogió algo pesado, y lo levanté con dificultad. Era un antiguo cofre de tesoros, la madera desgastada por el agua y el fondo cubierto de algas. Me las arreglé para meterlo en el barco y lo abrí con entusiasmo.



Helen

Me sentía amargamente decepcionada. Esperaba joyas o monedas, pero no había nada en el cofre más que un gran libro negro. La encuadernación era como los de "archivador de anillas" utilizados para guardar temporalmente manuscritos o papeles unidos. En el lomo una palabra estaba escrita en oro. La palabra era "Esculapio". La palabra me resultaba familiar, pero no podía recordar lo que significaba. Vi el mismo libro una vez más, unas noches después. Esta vez había una serie de perlas alrededor. Ni Bill ni yo teníamos ni idea de lo que el libro representaba hasta mucho después, cuando pusimos la copia original de "*Un Curso en Milagros*" en carpetas negras de tesis para su custodia.

PARTE III

Bill estaba muy interesado en estas series de visiones, así que le relaté los episodios que ocurrieron. Por otro lado, parecían poner a mi marido bastante ansioso, así que no le dije nada sobre ellos. En cuanto a mí misma, estaba tan en conflicto con la situación que traté de no pensar en ella. Las reacciones de Bill, sin embargo, fueron muy inesperadas. Ni él ni yo estábamos interesados en los fenómenos psíquicos ni éramos conocedores de ellos, y la seriedad con la que Bill tomó mis imágenes mentales me sorprendió sinceramente. Era obvio que él pensaba que significaban algo. Yo no estaba tan segura. Las líneas argumentales eran consistentes, ciertamente, e incluso bastante bien organizadas en general. Sin embargo, yo creía, o quizás más exactamente esperaba, que fueran esencialmente imaginarias. De otra manera, me habría asustado intensamente.

Un tiempo después de que terminara la tercera serie, Bill encontró un libro sobre Edgar Cayce, escrito por su hijo Hugh Lynn Cayce. Cuando Bill me contó un poco sobre esto, inmediatamente lo

clasifiqué como "chiflado" y me negué a leerlo. Todavía me oponía firmemente a tomarme en serio esas cosas extrañas, aunque mi postura pudiera parecer algo inconsistente. Yo no lo veía así. Me pasaban cosas difíciles de explicar, y eso era todo. No justificaba asumir ningún tipo de base extrasensorial extraña. La idea de la reencarnación me repugnaba particularmente. Era extraño que justo entonces mis imágenes se transformaran en lo que parecía ser "retrospectivas" de mí misma en diferentes momentos y lugares. Cuando describí estas imágenes a Bill, hice hincapié en que las consideraba estrictamente simbólicas; el simbolismo de los sueños con el cual cualquier psicólogo clínico está familiarizado. Y esto, por supuesto, bien podría haber sido así.



Helen y Louis

Como ya lo había hecho anteriormente, miraba estas imágenes como espectador, aunque sin lugar a dudas las figuras me representaban a mí misma. En una de las primeras escenas vi a una chica delgada y frágil en un opulento salón francés. La época parecía ser a mediados del siglo XVIII. La niña, vestida de blanco, tocaba un instrumento musical parecido a un clavicémbalo en una reunión de damas y caballeros magníficamente vestidos, aparentemente invitados a un espléndido evento social. La chica tenía dieciocho años como mucho, y estaba obviamente enferma. "Es tan frágil", me dije a mí misma, "no vivirá un año

más. No puede hacer nada más que marchitarse. Es un error. No lo logrará". Un mayordomo espléndidamente vestido salió y cerró la puerta del salón. La chica desapareció. Poco después, en el suelo cubierto de paja de una habitación sin aire de la prisión, había una imagen muy vaga de una niña, un poco mayor que la primera, yaciendo en un suelo cubierto de paja en una habitación sin aire de una prisión. Sus brazos estaban fuertemente atados y sus pies encadenados al suelo. La época parecía ser alrededor del siglo XII o XIII, y yo tenía la idea de que la chica fue ejecutada al final.

Varias escenas posteriores mostraron la imagen de una monja, aparentemente en diferentes países y en diferentes fechas. El más claro de estos cuadros era el de una monja anciana, artrítica y decepcionada, desgastada y delgada por una vida de austeridades severas, y emocionalmente perturbada y estéril. Caminaba por el pasillo lateral de una iglesia muy grande y hermosa, que recordaba a la Catedral de Notre Dame en París. El pasillo estaba oscuro, y la vela que sostenía la monja sólo ayudaba un poco. Mientras caminaba, pasó su mano por el muro de piedra gris que tenía junto a ella, como si buscara una puerta o quizás más literalmente una salida. No la encontraba. Las líneas sombrías de su cara se profundizaban mientras miraba. "Ella no lo sabe", pensé. "Lo intenta, pero no sabe". Me repelía su dura expresión, pero sentí una profunda simpatía por su causa perdida.

En llamativo contraste con la sombría figura había otra que se repetía a intervalos y que todavía sigue recorriendo mi mente de vez en cuando. Esta era la única imagen que continuaba regresando sin cambios. Era una imagen de una jovencita que se parecía a mí en muchos aspectos, aunque no podía tener más de dieciséis años como máximo. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia atrás en alegre risa, y sus brazos estaban extendidos como si estuvieran en universal bienvenida. Parecía estar completamente alegre, literalmente incapaz de experimentar pena o dolor. Estaba de pie sobre un césped de hierba tierna y brillante, pero en su extraordinaria felicidad sus pies desnudos apenas parecían tocar el suelo. Estaba ataviada con un vestido ligero y suelto que no recordaba a una época o lugar en particular. De hecho, no

había nada que sugiriera el pasado acerca de ella, ni parecía probable que estuviera preocupada por el futuro. No creo que ni siquiera considerara el tiempo como nosotros.

El interés de Bill por los fenómenos psíquicos creció a medida que leía más material sobre Cayce. Yo respetaba la opinión de Bill a pesar de que pensaba que estaba muy equivocado en esto. Sin embargo, le pedí un libro sobre el tema y escogió una biografía de Cayce escrita por su hijo. Lo leí con desagrado, aunque con la determinación de seguir siendo objetiva. No había duda de que era interesante, aunque todavía me repelía lo que consideraba su aspecto "tenebroso" y más increíble. También era consciente de que eso me ponía muy nerviosa. Bill tenía una visión mucho más amplia de los fenómenos de Cayce que yo, y no estaba demasiado preocupado con los detalles como tales. Lo que él consideraba importante e impresionante era la evidencia que sugería que las mentes pueden llegar unas a otras por medios extrasensoriales. También me recordó que últimamente me habían pasado cosas bastante inusuales, y que difícilmente podía explicarlas de la manera habitual. Eso, al menos, era verdad. A raíz de esta limitada concesión, se produjeron otros acontecimientos que me costó explicar.



Helen

La nueva fase comenzó un día en que Bill y yo nos estábamos concentrando en un informe de investigación. De repente, dejé los papeles y dije, con gran urgencia: "¡Rápido, Bill! Tu amigo Joe, el que conocimos en Chicago hace un tiempo, está pensando en suicidarse. Debemos enviarle un mensaje". Bill se sentó a mi lado y le envié un mensaje sincero a Joe para que lo reconsiderara. Después le dije a Bill: "Apuesto a que no había nada en eso," pero me equivoqué. Resultó que había sido bastante preciso. Era difícil no quedar impresionada, sobre todo porque continuaban sucediendo acontecimientos sorprendentes. Bill fue a una reunión fuera de la ciudad, y a su regreso le describí el lugar donde se hospedó con gran detalle, aunque nunca lo había visto.

También le conté algunas de las cosas que habían pasado allí antes de que tuviera la oportunidad de contarme sobre ellas. También le di una descripción muy detallada de la casa de un amigo donde se quedó un fin de semana, incluso con los colores de las paredes y muebles. Más tarde, cuando se fue de vacaciones bastante lejos, le envié una imagen mental de un alfiler de oro que debía traerme. Me dio el broche a su regreso. No había duda de que era la que yo había pedido.

Mis reacciones a este tipo de episodios fueron curiosamente variadas. En realidad me sentía más bien orgullosa de la adquisición de tales habilidades dramáticas, e incluso tuve breves vislumbres de fantasías de poder y prestigio cruzando por mi mente. Al mismo tiempo, hice todo lo posible por explicar los episodios, ya que suscitaban un temor considerable. Por un tiempo, la idea de los poderes psíquicos fue ganando simultáneamente en atracción y temor para mí, y empecé a tener pesadillas cuyo contenido no podía recordar. A medida que crecía la lista de eventos sorprendentes, no podía superar una sensación de maldad e incluso brujería que de alguna manera asociaba a estos eventos. Sin embargo, el orgullo seguía el ritmo de la ansiedad, y aunque sentía un creciente sentido de peligro, también experimentaba una sensación paralela de orgullo.

Mientras aún estaba en la fase "mágica", ocurrió un acontecimiento que incluía una extraña mezcla de hechos y fantasía, y que también parecía apuntar a una dirección futura definida. El episodio comprendía una serie de niveles, comenzando con evidentes tonos mágicos, continuando con imágenes religiosas más evidentes, y concluyendo con una explicación sencilla y real. El hospital quería enviarnos a Bill y a mí a la Clínica Mayo para estudiar sus procedimientos de evaluación. La noche antes de que

saliéramos una imagen cruzó por mi mente que era tan nítida que me sentí impulsada a describirla por escrito. Era un cuadro de una iglesia cuyos detalles destacaban con sorprendente claridad. Al principio no estaba segura de su confesión, pero finalmente me decidí por la luterana. Parecía que miraba hacia abajo desde arriba, en un ángulo en el que podría estar viéndola desde un avión volando bajo. La imagen era tan clara que descarté la precaución por completo, y le dije a Bill que estaba convencida de que veríamos el edificio cuando aterrizáramos en Rochester, Minnesota al día siguiente.

Me sentía decepcionada y enojada cuando no vimos nada parecido. En un intento de restaurar mi autoestima, dije que estaba segura de que encontraríamos esa iglesia en algún lugar de la ciudad. Era tarde cuando llegamos, estábamos cansados, y teníamos una cita temprano a la mañana siguiente. Fuimos a nuestras habitaciones a echar una siesta, planeando reunirnos para cenar. No podía dormir. Tenía que encontrar esa iglesia. Se había vuelto extremadamente importante para mí. Bill estaba cansado, pero lo entendió. Sugirió que tomáramos un taxi después de cenar e intentáramos encontrar mi iglesia. Escogí varios nombres del directorio eclesiástico, pero no resultaron ser correctos. Luego le describí mi iglesia al conductor, y le pregunté si sabía de una razonablemente parecida. No sonaba esperanzador, aunque intentamos algunos más a sugerencia suya. Al fin Bill propuso sabiamente que nos olvidáramos de todo. Se estaba haciendo muy tarde. En el hotel, Bill me habló muy firmemente.

"Tu iglesia no está aquí", dijo, "y tú estás actuando de forma muy extraña al respecto. ¿Por qué tanta desesperación? Duérmete y olvida esta tontería. Nos espera un día difícil. Nos vemos por la mañana".

Cuando me encontré con Bill a la mañana siguiente, ambos estábamos cansados y con los ojos rojos. Apenas habíamos dormido. De alguna manera, superamos nuestro apretado día planeado, y hacia la noche fuimos cansados al aeropuerto. Bill fue a ver un quiosco mientras yo me sentaba y cerraba los ojos. Estaba demasiado cansada para mirar cualquier cosa. Me estaba durmiendo...

"Y aquí está tu iglesia", dijo Bill, sosteniendo una foto en una guía delante de mí.

"¡Oh, sí, esa es!", contesté con entusiasmo. "¿Dónde está?"

"En ninguna parte", contestó Bill. "Aquí. Lee tú misma".

La iglesia no estaba en ninguna parte ahora. Había ocupado una vez el sitio de la Clínica Mayo, pero fue demolida cuando se construyó el hospital.

"Por eso la miraba hacia abajo cuando la vi", le dije a Bill. "Fue porque está en el pasado. No tiene nada que ver con aviones".

Y entonces me vino un escalofrío y no quise hablar más de la iglesia.

Tuvimos que cambiar de avión esa noche en el camino a casa, y esperamos casi una hora en un frío aeropuerto casi desértico. Acurrucada contra una pared había una joven que obviamente viajaba sola. Podía sentir las vibraciones y las emociones de dolor que la atravesaban. Se lo mencioné a Bill, que estaba en contra de que hablara con ella. Ambos estábamos agotados, y él no se sentía en condiciones de relacionarse con extraños en ese momento. Además, podría estar imaginando su angustia. Ella no daba ninguna señal externa de nada más que somnolencia. Sin embargo, no podía escapar de los fuertes sentimientos de sufrimiento que recibía de ella. Finalmente le dije a Bill que no podía evitarlo, y fui a hablar con ella.

Se llamaba Charlotte, y dijo que estaba muerta de miedo. Nunca antes había volado. ¿Me sentaría con ella y le tomaría de la mano? La llevé con Bill y le sugerí que la pusiéramos entre nosotros para que

tuviera un amigo en ambos lados. Bill fue cortés pero no estaba contento. Había sido un viaje difícil y hubiera preferido un viaje pacífico a casa. Charlotte tembló al despegar el avión, pero yo le tomé la mano y se calmó rápidamente. Ella quería hablar. Había hecho muy pocos planes, sin tener ni idea de dónde se quedaría en Nueva York, hacia donde se dirigía. Sin embargo, no estaba preocupada. Tenía varios cientos de dólares con ella. Era luterana, y estaba segura de que todo lo que tenía que hacer era encontrar una iglesia luterana en Nueva York y allí la cuidarían. Bill y yo intercambiamos miradas. El mensaje no era difícil de captar. "Y esto", me pareció oír, "es realmente mi iglesia".

Bill puede que se opuso a involucrarse con Charlotte, pero ciertamente se movilizó ahora. Llamó a un hotel para mujeres en Nueva York cuando aterrizamos y le consiguió una habitación. La llevamos allí en un taxi y la depositamos en la puerta principal, dándole nuestros nombres y números de teléfono. No hubo ningún problema en mantener el contacto con ella. Bill siguió encontrándose con ella inesperadamente durante el día, y por lo general se presentaba en mi casa por la noche. Se quedó en Nueva York durante algo más de una semana y luego decidió volver a casa. Arreglamos su pasaje de regreso, y la llamé al día siguiente. Había llegado sana y salva y se alegró de regresar, pero esperaba volver a Nueva York para una visita algún día. Todo el mundo había sido tan amable con ella, y se alegró al enterarse de que todas las cosas malas que la gente dice sobre las grandes ciudades no son ciertas. Charlotte y yo hemos mantenido correspondencia durante años. Le estoy muy agradecida. Es muy posible que mi fase "mágica" comenzara a terminar con el simple encuentro con Charlotte.

Claridad y preparación

Se acercaba el otoño y había sido un verano agotador. Bill había conservado su interés en Cayce, y sugirió que nos tomáramos unos días libres, que fuéramos a Virginia Beach a la Asociación para la Investigación y la Iluminación (ARE), y examináramos las pruebas allí. La idea no me atraía. Ese tipo de cosas todavía me asustaba y no quería que fueran ciertas. Ya era bastante malo que no entendiera lo que me estaba pasando. En particular, no quería que se exacerbaran mis desafortunados proyectos "mágicos", que ya estaba más que deseosa de abandonar. Sin embargo, la idea de unas vacaciones cortas sonaba bien, y mi esposo, sabiendo que estaba cansada, me animó a ir. Era una época perfecta del año para el viaje, y pensó que me haría bien. Él y Bill se habían hecho amigos, y aunque sentía que Bill estaba desarrollando algunos intereses bastante extraños, mi esposo sabía que cuidaría de mí. Me dirigí a Virginia Beach con algunas dudas, pero con ganas de ver el resto.

Resultó que el viaje no fue nada relajante para mí. La gente de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, entonces sólo un pequeño grupo dedicado a poner el material de Cayce a disposición del público, era inteligente, sincera y obviamente cuerda. Tampoco era fácil ignorar la gran cantidad de documentación. Me impresionó, pero estaba muy inquieta. A medida que el interés de Bill se profundizaba, mi propia ansiedad crecía. Bill leyó más sobre el tema esa tarde, y también compró algunos libros para llevar a casa. Revisé un volumen y lo dejé de golpe, con gran incomodidad, al borde del pánico. Me alegré cuando el viaje terminó. De regreso a casa, eché un vistazo a varios de los libros que Bill había comprado, pero no pude leerlos. Para mí, simplemente parecían interpretar de nuevo la nota "mágica".



Helen

Mi propia fase "mágica" terminó abruptamente con un episodio particularmente claro en el que supe que había hecho una elección irrevocable. Me vi entrando en una cueva cortada en una formación rocosa en una lúgubre costa barrida por el viento. Todo lo que encontré en la cueva era un pergamino grande y muy viejo. Sus extremos estaban atados a pesados palos dorados, y el pergamino estaba envuelto alrededor de ellos para que se juntaran en medio del pergamino y se ataran firmemente. Con cierta dificultad logré desatar los extremos y abrir el pergamino lo suficiente como para revelar el panel central, en el que estaba escrito dos palabras: "Dios es". Mientras lo hacía, minúsculas letras empezaron a aparecer a ambos lados del panel. La voz silenciosa que había "oído" antes me explicó la situación mentalmente:

"Si miras al lado izquierdo podrás leer el pasado", dijo la Voz. "Si miras al lado derecho podrás leer el futuro."

Las pequeñas letras de los lados del panel se estaban haciendo más claras, pero dudé un momento antes de enrollar el pergamino lo suficiente como para ocultarlo todo excepto el panel central.

"No me interesa leer el pasado o el futuro", dije con firmeza. "Me quedo con esto."

La Voz sonó tranquilizadora y reconfortante.

"Lo conseguiste esta vez", dijo. "Gracias."

Y, al parecer, así fue.

Algunas veces después sentí algo parecido a la experiencia del metro de años atrás, aunque con mucha menos intensidad. Estos sucesos se producían generalmente entre una multitud de personas, y sentía una breve pero poderosa afinidad por ellos. Una tarde de verano, por ejemplo, mi esposo y yo caminábamos por un paseo marítimo lleno de gente, y una profunda sensación de cercanía emocional con todos los presentes me invadió, junto con un cierto reconocimiento de que todos íbamos en el mismo camino hacia una meta común. También hubo otros tipos de experiencias emocionales. Una tuvo lugar cuando Bill, mi esposo y yo estábamos juntos en el teatro. Sentada en la oscuridad, fui consciente de una fuerte luz interior que comenzó en el área del pecho y creció cada vez más intensa y abarcadora hasta que pareció irradiarse por todo el teatro e incluir a todos allí. Mi conciencia de la luz, que duró unos diez minutos, estuvo acompañada de una profunda sensación de paz y alegría. No podía creer, durante un tiempo, que nadie más lo sintiera.

Un incidente similar ocurrió un tiempo después, cuando Bill y yo estábamos asistiendo a una reunión en el sur de Francia. Antes de quedarme dormida una noche, un sentimiento de fuerza y alegría increíbles surgió en mí, comenzando de nuevo en la región del pecho y elevándose hacia mi cabeza y saliendo a mis brazos. Durante unos minutos sentí como si pudiera alcanzar y tocar el mundo entero. Más tarde, esta experiencia feliz tuvo una contrapartida temible en forma de una sensación de horror increíblemente clara que sentí una noche de camino a casa. Me sentía cansada, y me eché a descansar un poco antes de acostarme. Lo más inesperado es que me invadió una furia asesina tan intensa que salté de la cama literalmente temblando. Estas dos experiencias fueron tan diametralmente opuestas entre sí que casi parecían representar el Cielo y el infierno. Este chocante contraste tampoco era del todo desconocido. La "buena" sacerdotisa cuya única función era ayudar y la "malvada" sacerdotisa con su lanza levantada para matar había presentado un contraste bastante similar.

Sólo una vez recuerdo que de hecho pedí una experiencia para que viniera a consolarme, porque me sentía un poco triste. La respuesta vino en forma de una imagen de un vivero. Podía ver hileras ordenadas de plantas muy jóvenes, todas cuidadosamente etiquetadas y obviamente bien cuidadas. Junto a

las plantas había una gran regadera. La imagen no significaba nada para mí, y me pareció un poco irritante.

"No es de gran ayuda", refunfuñé. "¿Cómo puede ayudarme?"

"Mira dónde están creciendo", dijo la voz silenciosa que, a estas alturas, ya no era totalmente imprevista.

"¿Pero qué significa?", pregunté, todavía con indignación.

"Mira -donde -están- creciendo," repitió la Voz, lenta y claramente.

"Oh, está bien", contesté, todavía un poco enfurruñada. Luego miré la escena con más atención. El vivero de plantas estaba completamente rodeado por un desierto sin vida. Sólo la pequeña área en la que crecían las plantas era húmeda y verde.

"Y ahora que todo ha empezado," dijo la Voz, "seguirás regándolo, ¿verdad?"

Casi desbordada, prometí intentarlo.

También hubo algunos períodos breves durante los cuales se produjeron cambios en la toma de conciencia del tiempo. Tal vez el más convincente de estos sucedió una noche mientras me cepillaba el pelo, decidiendo que necesitaba un recorte de cabello y sintiendo todo menos inspiración. Entonces vi mi vida representada por una línea dorada que se extendía infinitamente hacia atrás e infinitamente hacia delante. En la línea que yo reconocí que representaba mi vida presente, había una minúscula caída. Era ridículamente diminuta y apenas perceptible. Estreché mis manos con gran placer.

"¿Qué importa lo que pase en este pequeño parpadeo del tiempo?", me pregunté, con feliz asombro. "Parece tan largo e importante mientras estás en él, pero en menos de un instante es como si nunca hubiera sucedido", estaba segura de esto por varios minutos, durante los cuales parecía como si me hubieran quitado un gran peso de mi mente.

Todas estas cosas ocurrieron en un período de unos pocos meses.

Un Curso de Milagros

Un día durante ese mismo verano, le dije a Bill que estaba a punto de hacer algo muy inesperado. No tenía ni idea de lo que era, pero sabía que iba a suceder pronto. Por invitación de Bill, había estado llevando una especie de diario desde nuestra visita a Virginia Beach. Ahora Bill sugirió que si yo escribía lo que se me ocurría en relación con el "algo inesperado", podría averiguar qué era. Al principio no surgió mucho de mis intentos, y estaba a punto de abandonarlos. Una tarde, mientras registraba algunos de mis pensamientos, la Voz, ahora más o menos familiar para mí, comenzó a darme instrucciones definidas.

"Este es *Un Curso de Milagros*", dijo la voz. "Por favor, toma notas."

Aunque la Voz ya no me sorprendió, no estaba preparada para lo que dijo. Sin embargo, sí tomé la primera página del "curso" antes de que me asustara realmente. Dejé mi lápiz y llamé a Bill.

"¿Es la misma voz que has oído antes?", preguntó.

"Creo que sí", respondí. Pero ahora está usando palabras muy específicas y parece que quiere continuar por algún tiempo. Me detuve porque tuve miedo. Estoy convencida de que había más, si hubiera continuado".

"¿Cómo vienen las palabras?", preguntó Bill.

"Es difícil de describir", contesté. "No puede ser una alucinación, porque la Voz no viene del exterior. Es todo interno. No hay sonido real, y las palabras vienen mentalmente pero muy claramente. Es una especie de dictado interno, podría decirse".

"¿Sabes lo que estás escribiendo?", preguntó Bill. "¿Lo describirías como un proceso automático?"

"Oh, no", dije. "No es automático en absoluto. Soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo. No está fuera de mi control".

"Trata de escribir más y mira lo que pasa", sugirió Bill.

"Prefiero no hacerlo", dije. "Francamente, lo encuentro bastante perturbador."

Pronto descubrí que no tenía muchas opciones en este asunto. Sin embargo, me dieron una especie de "explicación" mental, en forma de una serie de pensamientos relacionados que cruzaron mi mente en rápida sucesión y formaron un conjunto razonablemente coherente. Según esta "información", la situación mundial estaba empeorando en un grado alarmante. Se estaba pidiendo ayuda a personas de todo el mundo, que hacían sus contribuciones individuales como parte de un plan general preestablecido. Aparentemente había accedido a escribir *Un Curso de Milagros* tal como se me diera. La Voz estaba cumpliendo su parte en el acuerdo, y yo cumpliría la mía. Utilizaría habilidades que había desarrollado hace mucho tiempo, y que no estaba realmente preparada para usar de nuevo. Debido a la gran emergencia, sin embargo, el proceso evolutivo habitual y lento estaba siendo evitado en lo que podría describirse como una "aceleración celestial". Se me transmitió la sensación de que el tiempo se estaba acabando.



Cuadernos de notas de Helen

No estaba satisfecha. Incluso en el improbable caso de que la "explicación" fuera cierta, no me consideraba una buena candidata para el papel de "escriba". Declaré mi oposición silenciosa pero enérgicamente.

"¿Por qué yo?", pregunté. "Ni siquiera soy religiosa. No entiendo las cosas que me han estado pasando y ni siquiera me gustan. Además, me ponen muy nerviosa. Soy la elección más mala que podrías hacer".

"Al contrario", me aseguraron. Eres una excelente elección, y por una razón muy simple. Lo harás".

No tenía respuesta a esto, y me retiré derrotada. La Voz tenía razón. Sabía que lo haría. Y así comenzó la escritura de *Un Curso de Milagros*.

Sentía que la escritura me llegaba casi a diario, y a veces varias veces al día. El momento en que ocurría nunca entraba en conflicto con el trabajo o las actividades sociales, comenzando en algún momento en el que era razonablemente libre para escribir sin interferencias. Yo escribía en un cuaderno de taquigrafía que pronto comencé a llevar conmigo, por si acaso. Podía, y a menudo me negaba a cooperar, al menos inicialmente. Pero pronto aprendí que no tendría paz hasta que lo hiciera. Aun así, mantuve mi "derecho a negarme" durante todo el proceso. A veces me negaba a escribir durante más de

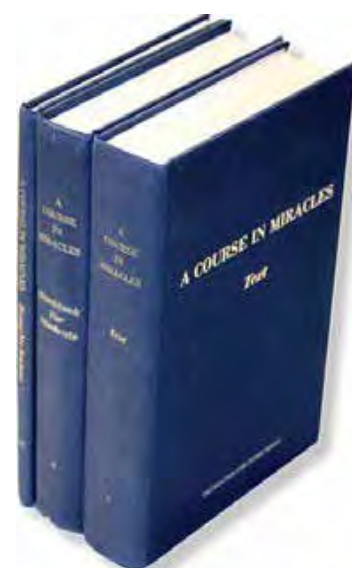
un mes, durante el cual simplemente me deprimía cada vez más. Nunca hubo nada automático en la escritura. Siempre requirió mi plena cooperación consciente.

Las tardes resultaron ser un momento propicio para el "dictado", especialmente para "tareas" adicionales, y me opuse amargamente a esto y a menudo me acostaba desafiante sin escribir nada, pero no podía dormir. Eventualmente, me levantaba con disgusto y escribía según las instrucciones. A veces estaba tan cansada que regresaba a la cama y me dormía después de anotar unos pocos párrafos. Sin embargo, era impelida a continuar con la sección antes del desayuno de la mañana siguiente, quizás terminándola en mi camino al trabajo o en momentos extraños entre las presiones de trabajo durante el día. Nunca supe cuando comenzaba una frase como terminaría, y las ideas me llegaban tan rápido que me costaba mucho seguirles el ritmo, aunque usaba una rápida combinación de símbolos taquimétricos y abreviaturas que había desarrollado durante años de tomar notas en clase y de grabar sesiones de terapia.

La escritura era sumamente interrumpible. En la oficina podía dejar el cuaderno para contestar el teléfono, hablar con un paciente, supervisar a un miembro del personal subalterno, o atender una de nuestras numerosas emergencias, y regresar a la escritura sin ni siquiera comprobar para ver donde lo había dejado. En casa podía hablar con mi marido, charlar con un amigo o echarme una siesta, volver después al cuaderno sin interrumpir el flujo de palabras en lo más mínimo. No importaba si me había detenido al final de un párrafo o en medio de una oración. Era como si la Voz simplemente esperara hasta que volviera y luego empezara de nuevo. Escribía con igual facilidad en casa, en la oficina, en un banco del parque o en un taxi, autobús o metro. La presencia de otras personas no interfería en absoluto. Cuando llegaba el momento de escribir, las circunstancias externas parecían ser irrelevantes.

Al principio me sentí particularmente tentada a cambiar una palabra aquí y otra allá, en lo que yo creía era en interés de la consistencia. Por lo general, el impulso de volver a cambiarla a la original era tan fuerte que lo hacía muy pronto. De hecho, el asunto podía perturbarme hasta que lo hiciera. Además, rápidamente se hizo evidente que las palabras no habían sido escogidas al azar. A veces lo que parecía ser incoherente en ese momento se explicaba más tarde, y la redacción original era necesaria en aras de una mayor claridad. En otras ocasiones se mencionaban más tarde ideas específicamente redactadas en contextos que aún no conocía, por lo que los cambios que podría estar tentada a hacer reducirían la consistencia de los pensamientos en lugar de mejorarlos.

La escritura continuó durante años, y aunque el terror agudo que sentí al principio disminuyó gradualmente con el tiempo, nunca me acostumbré a ello. Sin embargo, a pesar de los períodos de franca rebeldía, nunca se me ocurrió seriamente renunciar a ella, a pesar de que todo el asunto me parecía una interferencia importante y a menudo exasperante. Sin embargo, hubo algunas raras ocasiones en las que me sentí curiosamente transportada mientras escribía. En estas ocasiones las palabras parecían casi cantar, y sentía una profunda sensación de confianza e incluso de privilegio. Noté después que estas secciones resultaron ser las más poéticas. Pero estos fueron breves pero felices períodos de respiro. En su mayor parte, estuve desoladamente descreída, desconfiada y asustada. Sin embargo, aunque la escritura por lo general resultaba angustiada, leerle el material a Bill después era infinitamente más que eso. Habíamos acordado que yo le leería mis notas al final del día, y él las mecanografiaría. Odiaba oír lo que había



Primera Edición de
Un Curso de Milagros

escrito. Estaba segura de que sería incoherente, tonto y sin sentido. Por otra parte, era probable que me conmoviera de forma inesperada y profunda y de repente estallara en lágrimas.

Bill fue extremadamente comprensivo durante las primeras transcripciones en particular, que fueron muy difíciles para ambos. Apenas podía leer las notas en voz alta. Empezaba a tartamudear fuertemente, un problema que no he tenido ni antes ni después. También sufría de ataques agudos de tos o me ponía a bostezar durante mucho tiempo, de modo que me era imposible hablar por



Helen

un tiempo. A veces me quedaba sin voz. La situación era tan difícil para Bill como para mí. Reconocía mi necesidad de su constante ánimo, pero tuvo que lidiar con sus propias incertidumbres, así como con mis estados de pánico prácticamente constantes. Sin embargo, a Bill tampoco se le ocurrió abandonar todo el asunto al igual que a mí. En muchos sentidos nos parecía que cumplíamos una misión conjunta. Ambos nos enfrentamos a sentimientos contradictorios, pero compartimos la importancia de continuar.

En cuanto a mí, no podía explicar ni reconciliar mis actitudes evidentemente incoherentes. Por un lado, todavía me consideraba oficialmente agnóstica, resentida con el material que estaba recogiendo, y me sentía fuertemente impulsada a atacarlo y demostrar que estaba equivocado. Por otra parte, dediqué mucho tiempo a tomarlo y más tarde a dictárselo a Bill, de modo que era evidente que también me lo tomaba muy en serio. De hecho, llegué a referirme a ello como la obra de mi vida, aunque no estaba convencida de su autenticidad y sentía un gran nerviosismo al respecto. Como Bill señalaba, debo creer en ello aunque sólo fuera porque discutía mucho con él. Si bien esto era cierto, no me ayudó. Estaba en la posición imposible de no creer en el trabajo de mi propia vida. La situación era claramente ridícula así como dolorosa.

No hay duda de que el intenso conflicto que experimenté fue en gran parte, si no totalmente interno. Las circunstancias externas fueron sorprendentemente favorables. Al parecer, la escritura estaba programada para causar una interrupción mínima, y a pesar de sus propios conflictos, Bill me ofreció constantes comentarios positivos y un apoyo notablemente sostenido. Además, la actitud de mi esposo fue inesperadamente muy útil. No podía dejar de notar mis frecuentes períodos de escritura, y tenía derecho a una explicación de algún tipo. Con considerable desconfianza decidí decirle la verdad. Afortunadamente, fue más que tolerante. Fue muy alentador. Era evidente que el contenido le molestaba, y dejé de mostrarle el material después de un tiempo. Sin embargo, él estaba realmente entusiasmado con mi escritura, y no parecía que el proceso en sí mismo le produjera ansiedad. Me alegré de eso. Yo no lo tomé con tanta calma.

¿De dónde venía la escritura? Era evidente que utilizaba mi formación, mis intereses y mi experiencia, pero eso se hacía en cuestiones de estilo y no de contenido. Ciertamente, el tema en sí mismo era la última cosa de la que habría esperado escribir. El "Texto" tal como se da no ha cambiado, excepto por la omisión de algunos de los materiales más personales que se incluían sólo al principio. Los encabezamientos y subdivisiones de los capítulos se han añadido más tarde, pero la disposición de la materia, que parecía caer naturalmente en estas divisiones, no se ha alterado. El "Libro de Ejercicios", que se dictaba en forma de "lecciones" diarias, se presenta tal como lo tomé. Pero, ¿de dónde vino la escritura?

Posteriormente descubrí que muchos de los conceptos e incluso algunos de los términos reales en la escritura se encuentran en el pensamiento místico occidental y oriental, pero no sabía nada de ellos en ese momento. Tampoco entendía la calma pero impresionante autoridad con la que la Voz me dictaba. Es en

gran parte debido a la naturaleza extrañamente convincente de esta autoridad que me he referido a la Voz con una "V" mayúscula. No entiendo la autoría real de la escritura, pero la combinación particular de certeza, sabiduría, dulzura, claridad y paciencia que caracterizó a la Voz hizo que esa forma de referirme pareciera perfectamente apropiada.

En varios puntos de la escritura la Voz misma habla en términos inequívocos sobre el Autor. Mis propias reacciones a estas referencias, que literalmente me sorprendieron en su momento, han disminuido en intensidad y ahora están al nivel de la mera incertidumbre. No entiendo los acontecimientos que llevaron a la escritura. No entiendo el proceso y ciertamente no entiendo la autoría. Sería inútil para mí intentar una explicación.



Extendiendo una conclusión natural...

Nota final de archivos:

*Es interesante que en su autobiografía Helen Schucman no incluyera un resumen del **Curso** y su significado, que ella conocía y comprendía a la perfección, dando la impresión de que carecía de tal conocimiento como su Escriba. Pero como su co-escritor William Thetford a menudo reconoció a otros, "Helen conocía el **Curso** perfectamente". Igualmente, Kenneth Wapnick, quien trabajó de cerca con Helen en la preparación del manuscrito del **Curso** para su publicación, afirma en sus Recuerdos de Helen: "No creo que haya conocido a nadie como ella en mi vida... ella tenía un lado increíblemente sagrado... (y) ella conocía el **Curso** en su totalidad, como resultado de una sabiduría inherente, por eso, nadie lo conoció mejor que ella."*

*Por lo tanto, parece apropiado incluir aquí, como complemento a la conclusión de su autobiografía, partes de un resumen sobre el **Curso** que Helen escribió en 1977 en respuesta a las muchas peticiones de una breve introducción a **Un Curso en Milagros**, que aparece como el Prefacio al **Curso** en el Texto. Las primeras dos partes - *Cómo llegó, Qué es* - Helen las escribió ella misma; la parte final - *Lo que dice* - se escribió mediante el proceso de dictado interior característico. Las partes "Lo que es" y "Lo que dice" se presentan aquí como una conclusión naturalmente ampliada a la autobiografía de Helen, en el espíritu de reconocer su perfecto conocimiento y comprensión de **Un Curso en Milagros** como su Escriba.*

Qué es

Como el propio título lo indica, el *Curso* está organizado de principio a fin como un recurso de enseñanza. Se compone de tres libros: el *Texto*, el *Libro de ejercicios*, y el *Manual para el maestro*. El orden que el estudiante debe seguir al usar los libros y la manera de estudiarlos depende, en cada caso, de sus necesidades y preferencias personales.

El programa de estudios que el *Curso* propone se planeó meticulosamente y se explica paso a paso, tanto en el orden práctico como en el teórico. El *Curso* pone más énfasis en la aplicación práctica que en la teoría, y más en la experiencia que en la teología. Señala específicamente que "una teología universal es imposible, mientras que una experiencia universal no sólo es posible sino necesaria". (*Manual*, Introducción a la *Clarificación de términos*). Aunque su enfoque es cristiano, el *Curso* aborda temas espirituales de carácter universal. Subraya que no es más que una de las muchas versiones del programa de estudios universal y que difiere de las demás sólo en su forma. En última instancia, todas conducen a Dios.

El *Texto* es fundamentalmente teórico y expone los conceptos en los que se basa el sistema de pensamiento del *Curso*. Sus ideas contienen los cimientos de las lecciones del *Libro de ejercicios*. Sin la aplicación práctica que el *Libro de ejercicios* provee, el *Texto* quedaría reducido, en su mayor parte, a una serie de abstracciones que no tendrían la fuerza necesaria para producir el cambio de mentalidad que es la meta del *Curso*.

El *Libro de ejercicios* consta de 365 lecciones, una para cada día del año. No es necesario, sin embargo, hacer las lecciones siguiendo ese ritmo; se puede, si se desea, dedicar más de un día a una lección determinada. Las instrucciones sólo recomiendan que no se intente hacer más de una lección por día. El carácter práctico del *Libro de ejercicios* queda subrayado en su propia introducción, donde se da más valor a la experiencia lograda con la práctica que a cualquier compromiso previo de carácter espiritual:

Algunas de las ideas que el libro de ejercicios presenta te resultarán difíciles de creer, mientras que otras tal vez te parezcan muy sorprendentes. Nada de eso importa. Se te pide simplemente que las apliques tal como se te indique. No se te pide que las juzgues. Se te pide únicamente que las uses. Es usándolas como cobrarán sentido para ti, y lo que demostrará que son verdad.

Recuerda solamente esto: no tienes que creer en las ideas, no tienes que aceptarlas y ni siquiera tienes que recibirlas con agrado. Puede que hasta te opongas vehementemente a algunas de ellas. Nada de eso importa, ni disminuye su eficacia. Pero no hagas excepciones al aplicar las ideas expuestas en el libro de ejercicios. Sean cuales sean tus reacciones hacia ellas, úsalas. No se requiere nada más. (*L.In.9*).

Finalmente, el *Manual para el maestro*, escrito en forma de preguntas y respuestas, contesta algunas de las preguntas que con mayor probabilidad pueden hacer los estudiantes. Incluye asimismo aclaraciones de algunos de los términos que el *Curso* utiliza, y los explica dentro del marco teórico del *Texto*.

El *Curso* no afirma ser de por sí el final del aprendizaje, ni es el propósito de las lecciones del *Libro de ejercicios* llevar a término el aprendizaje del estudiante. Al final se deja al lector en manos de su propio Maestro interno, Quien dirigirá el resto del aprendizaje a Su criterio. Si bien el alcance del *Curso* es muy amplio, la verdad no puede limitarse a ninguna forma finita, como se indica claramente en el párrafo con que finaliza el *Libro de ejercicios*:

Este curso es un comienzo, no un final... Ya no se asignarán más lecciones específicas, pues ya no son necesarias. En lo sucesivo, oye tan sólo la Voz que habla por Dios. Él dirigirá tus esfuerzos, diciéndote exactamente lo que debes hacer, cómo dirigir tu mente y cuándo debes venir a Él en silencio, pidiendo Su dirección infalible y Su Palabra certera. (*L.Ep.1:1, 3:1-3*).

Qué postula

Nada real puede ser amenazado.

Nada irreal existe.

En esto radica la paz de Dios.

Así comienza *Un curso de milagros*, el cual establece una clara distinción entre lo real y lo irreal, entre el conocimiento y la percepción. El conocimiento es la verdad y está regido por una sola ley: la Ley del Amor o Dios. La verdad es inalterable, eterna e inequívoca. Es posible no reconocerla, pero es imposible cambiarla. Esto es así con respecto a todo lo que Dios creó, y sólo lo que Él creó es real. La verdad está más allá del aprendizaje porque está más allá del tiempo y de todo proceso. No tiene opuestos, ni principio ni fin. Simplemente es.

El mundo de la percepción, por otra parte, es el mundo del tiempo, de los cambios, de los comienzos y de los finales. Se basa en interpretaciones, no en hechos. Es un mundo de nacimientos y muertes, basado en nuestra creencia en la escasez, en la pérdida, en la separación y en la muerte. Es un mundo que aprendemos, en vez de algo que se nos da; es selectivo en cuanto al énfasis perceptual, inestable en su modo de operar e inexacto en sus interpretaciones.

Del conocimiento y de la percepción surgen dos sistemas de pensamiento distintos que se oponen entre sí en todo. En el ámbito del conocimiento no existe ningún pensamiento aparte de Dios porque Dios y Su Creación comparten una sola Voluntad. El mundo de la percepción, por otra parte, se basa en la creencia en opuestos, en voluntades separadas y en el perpetuo conflicto que existe entre ellas, y entre ellas y Dios. Lo que la percepción ve y oye parece real porque solo admite en la conciencia aquello que concuerda con los deseos del perceptor. Esto da lugar a un mundo de ilusiones, mundo que es necesario defender sin descanso, *precisamente* porque no es real.

Una vez que alguien queda atrapado en el mundo de la percepción, queda atrapado en un sueño. No puede escapar sin ayuda, porque todo lo que sus sentidos le muestran da fe de la realidad del sueño. Dios nos ha dado la Respuesta, el único Medio de escape, el verdadero Ayudante. La función de Su Voz—Su Espíritu Santo— es mediar entre los dos mundos. El Espíritu Santo puede hacer eso porque, si bien una parte conoce la verdad, reconoce también nuestras ilusiones, aunque no cree en ellas. El objetivo del Espíritu Santo es ayudarnos a escapar del mundo de los sueños, enseñándonos cómo cambiar nuestra manera de pensar y cómo corregir nuestros errores.

El perdón es el recurso de aprendizaje excelso que el Espíritu Santo utiliza para llevar a cabo ese cambio en nuestra manera de pensar. El *Curso*, no obstante, ofrece su propia definición de lo que en realidad es el perdón, así como también de lo que es el mundo.

El mundo que vemos refleja simplemente nuestro marco de referencia interno: las ideas predominantes, los deseos y las emociones que albergan nuestras mentes. “La proyección da lugar a la percepción” (*T.21.In.1:1*). Primero miramos en nuestro interior y decidimos qué clase de mundo queremos ver; luego proyectamos ese mundo afuera y hacemos que sea real para nosotros *tal como lo vemos*.

Hacemos que sea real mediante las interpretaciones que hacemos de lo que estamos viendo. Si nos valemos de la percepción para justificar nuestros propios errores—nuestra ira, nuestros impulsos

agresivos, nuestra falta de amor en cualquier forma que se manifieste—veremos un mundo lleno de maldad, destrucción, malicia, envidia y desesperación.

Tenemos que aprender a perdonar todo esto, no porque al hacerlo seamos “buenos” o “caritativos”, sino porque lo que vemos no es real. Hemos distorsionado el mundo con nuestras absurdas defensas y, por lo tanto, estamos viendo lo que no está ahí. A medida que aprendamos a reconocer nuestros errores de percepción, aprenderemos también a pasarlos por alto, es decir, a “perdonarlos”. Al mismo tiempo nos perdonaremos al mirar más allá de los conceptos distorsionados que tenemos de nosotros mismos, y ver el Ser que Dios creó en nosotros, como nosotros.

El pecado se define como una “falta de amor” (*T.IV.3:1*); Puesto que lo único que existe es el amor, para el Espíritu Santo el pecado no es otra cosa que un error que necesita corrección, en vez de algo perverso que merece castigo. Nuestra sensación de ser inadecuados, débiles y de estar incompletos procede del gran valor que le hemos otorgado al “principio de la escasez” el cual rige al mundo de las ilusiones. Desde este punto de vista, buscamos en otros lo que consideramos que nos falta a nosotros. “Amamos” a otro con el objeto de ver qué podemos obtener de él. De hecho, a esto es a lo que en el mundo de los sueños se le llama amor. No puede haber mayor error que éste, pues el amor es incapaz de exigir nada. Sólo las mentes pueden unirse realmente y lo que Dios ha unido, ningún hombre lo puede desunir (*T.17.III*).

No obstante, la verdadera unión, que nunca se perdió, sólo es posible en el nivel de la Mente de Cristo. El “pequeño yo” procura engrandecerse obteniendo del mundo externo aceptación, posesiones y “amor”.

El Ser que Dios creó no necesita nada. Está eternamente a salvo y es eternamente íntegro, amado y amoroso. Busca compartir en vez de obtener; extender en vez de proyectar. No tiene necesidades de ninguna clase y sólo busca unirse a otros que, como él, son conscientes de su propia abundancia.

Las relaciones especiales que se establecen en el mundo son destructivas, egoístas e “infantilmente” egocéntricas. Mas si se le entregan al Espíritu Santo, pueden convertirse en lo más sagrado de la tierra: en los milagros que señalan el camino de retorno al Cielo. El mundo utiliza las relaciones especiales como el último recurso en favor de la exclusión y como una prueba de la realidad de la separación. El Espíritu Santo las transforma en perfectas lecciones de perdón y las utiliza como un medio para despertarnos del sueño. Cada una representa una oportunidad de sanar nuestras percepciones y de corregir nuestros errores. Cada una es una nueva oportunidad de perdonarnos a nosotros mismos, perdonando a otros. Y cada una viene a ser una invitación más al Espíritu Santo y al recuerdo de Dios.

La percepción es una función del cuerpo y, por lo tanto, supone una limitación de la conciencia. La percepción ve a través de los ojos del cuerpo y oye a través de sus oídos. Produce las limitadas reacciones que éste tiene. El cuerpo aparenta ser, en gran medida, auto-motivado e independiente, más en realidad sólo responde a las intenciones de la mente. Si la mente lo utiliza para atacar, sea de la forma que sea, el cuerpo se convierte en la víctima de la enfermedad, la vejez y la decrepitud. Si la mente, en cambio, acepta el propósito del Espíritu Santo, el cuerpo se convierte en un medio eficaz de comunicación con otros—invulnerable mientras se le necesite—que luego sencillamente se le descarta cuando deja de ser necesario. De por sí, el cuerpo es neutro, como lo es todo en el mundo de la percepción. Utilizarlo para los objetivos del ego o para los del Espíritu Santo depende enteramente de lo que la mente elija.

Lo opuesto a ver con los ojos del cuerpo es la visión de Cristo, la cual refleja fortaleza en vez de debilidad, unidad en vez de separación y amor en vez de miedo. Lo opuesto a oír con los oídos del cuerpo es la comunicación a través de la Voz que habla en favor de Dios, el Espíritu Santo, Quien mora en cada

uno de nosotros. Su Voz nos parece distante y difícil de oír porque el ego, que habla en favor del yo falso y separado, parece hablar a voz en grito. Sin embargo, es todo lo contrario. El Espíritu Santo habla con una claridad inequívoca y ejerce una atracción irresistible. Nadie puede ser sordo a Sus mensajes de liberación y esperanza, a no ser que elija identificarse con el cuerpo, y nadie puede dejar de aceptar jubilosamente la visión de Cristo a cambio de la miserable imagen que tiene de sí mismo.

La visión de Cristo es el don del Espíritu Santo, la alternativa que Dios nos ha dado contra la ilusión de la separación y la creencia en la realidad del pecado, la culpabilidad y la muerte. Es la única corrección para todos los errores de percepción: la reconciliación de los aparentes opuestos en los que se basa este mundo. Su benévola luz muestra todas las cosas desde otro punto de vista, reflejando el sistema de pensamiento que resulta del conocimiento y haciendo que el retorno a Dios no sólo sea posible, sino inevitable. Lo que antes se consideraba una injusticia que alguien cometió contra otro, se convierte ahora en una petición de ayuda y de unión. El pecado, la enfermedad y el ataque se consideran ahora percepciones falsas que claman por el remedio que procede de la ternura y del amor. Las defensas se abandonan porque donde no hay ataque no hay necesidad de ellas. Las necesidades de nuestros hermanos se vuelven las nuestras, porque son nuestros compañeros en la jornada de regreso a Dios. Sin nosotros, ellos perderían el rumbo. Sin ellos, nosotros jamás podríamos encontrar el nuestro.

El perdón es algo desconocido en el Cielo, donde es inconcebible que se pudiese necesitar. En este mundo, no obstante, el perdón es una corrección necesaria para todos los errores que hemos cometido. Perdonar a otros es la única manera en que nosotros mismos podemos ser perdonados, ya que refleja la ley celestial según la cual dar es lo mismo que recibir. El Cielo es el estado natural de todos los Hijos de Dios tal como Él los creó. Ésa es su realidad eternamente, la cual no ha cambiado porque nos hayamos olvidado de ella.

El perdón es el medio que nos permitirá recordar. Mediante el perdón cambiamos la manera de pensar del mundo. El mundo perdonado se convierte en el umbral del Cielo porque mediante su misericordia podemos finalmente perdonarnos a nosotros mismos. Al no a Cristo en todos nuestros hermanos, reconocemos Su Presencia en nosotros mismos. Al olvidar todas nuestras percepciones erróneas, y al no permitir que nada del pasado nos detenga, podemos recodar a Dios. El aprendizaje no nos puede llevar más allá de eso. Cuando estemos listos, Dios Mismo dará el último paso que nos conducirá de regreso a Él.

Helen Cohn Schucman, Ph.D. Autobiografía
Copyright © 1990, 2009, 2019 Foundation for Inner Peace
Traducido con la colaboración de Gonzalo García Olagorta y Foundation for Inner Peace.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Para más información, póngase en contacto con la "Foundation for Inner Peace".

Para leer más sobre la Dra. Helen Schucman, ver [Ausencia de la Felicidad](#), escrito por el Dr. Kenneth Wapnick, título original en inglés: *Absence from Felicity*.